H.K. CHRISTIE

EN ASCENSO



LOS CASOS DE SELENA BAILEY - LIBRO 3

En ascenso

Los Casos de Selena Bailey Libro 3

H.K. Christie



Contents

Copyright
Dedication
1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. Chapter 5
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13

14. Chapter 14
15. Chapter 15
16. Chapter 16
17. Chapter 17
18. Chapter 18
19. Chapter 19
20. Chapter 20
21. Chapter 21
22. Chapter 22
UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE
AGRADECIMIENTOS

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Copyright © 2020 por H.K. Christie

Diseño de cubierta de Odile Stammane

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la editorial, a excepción del uso de breves citas en una reseña.

Si desea utilizar material de este libro, debe obtener un permiso previo por escrito contactando con la editorial en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: enero de 2020 (en), 2026 (es)

Dedication

Para el Sr. Christie

1

¡Le prometo que no la decepcionaré! —Selena colgó el teléfono y lo dejó caer sobre el escritorio.Por fin. Su madrastra, Martina, había accedido a dejarla llevar la iniciativa en un caso de desaparición. Desde que había empezado a trabajar a tiempo parcial en la empresa de seguridad e investigación de Martina, la participación de Selena se había limitado sobre todo a actividades tediosas como revisar interminables páginas de registros telefónicos y ver grabaciones de seguridad hasta que le parecía que le iban a sangrar los ojos y se le iba a derretir el cerebro.

Claro que en los últimos seis meses Martina la había dejado acompañarla en algunas vigilancias, pero habían sido contadas. Pero ahora, dieciocho meses después de haber empezado a trabajar en Drakos Monroe Security and Investigations, iba a poder demostrarle a Martina y al resto del equipo que no era solo una universitaria pesada a la que habían admitido en la empresa por ser la hijastra de una de las socias. No solo descubriría qué le había pasado a la niña de siete años desaparecida, sino que además lo haría en un tiempo récord.

Por supuesto, Martina le había advertido de que tendría que informarle de cada uno de sus movimientos, ya que era su primer

caso *oficial* y todo eso. Aunque odiaba la idea de que la trataran como a una niña, supuso que era un rito de iniciación necesario en su camino para convertirse en una investigadora privada con licencia. No es que estuviera segura de que su elección profesional final fuera la de detective privada en lugar de una carrera en las fuerzas del orden, pero, de cualquier modo, pensó que si podía hacer de investigadora privada mientras estaba en la universidad, ¿por qué no?

A Selena ni siquiera le importaba que probablemente le hubieran dado el caso porque todos los demás investigadores estaban ocupados con otros trabajos y los clientes le habían suplicado a Drakos Monroe que aceptara su caso aunque lo tuviera que llevar una investigadora subalterna. Selena sabía aprovechar una oportunidad cuando se le presentaba.

Jolín. Se alegraba mucho de que Martina hubiera accedido a darle la oportunidad. Durante las vacaciones, Selena se había pasado casi todo el descanso intentando convencer a su madrastra de que era capaz de hacer algo más que revisar archivos sentada en un escritorio. Era la misma pelea de siempre. A Martina le preocupaba que Selena se centrara en sus estudios y no en dirigir investigaciones. Selena se había mantenido firme en que podía con los estudios y el trabajo. Llevaba bastante bien su segundo año de Criminología en la Universidad de San Francisco. Le había cogido el tranquillo a la universidad bastante pronto y en el primer año había sacado todo sobresalientes y notables altos; y eso mientras llevaba a cabo su propia operación secreta para acabar con una fraternidad conocida por agredir sexualmente a mujeres. *Por favor.* Estaba más que segura de que podía asumir un poco más de responsabilidad en la empresa.

Lo único que le ocupaba más tiempo en la universidad de lo que jamás habría esperado era su novio, Brendon. Era inesperado en más de un sentido. Nunca pensó que querría tener otro novio después de un peligroso romance cuando estaba en el último año de instituto. Pero Brendon le había demostrado durante el último año que algunos novios eran dulces y amables y podían aportar una

chispa de felicidad a tu ya estupenda vida. No *todos* los hombres eran monstruos.

Estaba deseando contarle a su mejor amiga y compañera de piso de la universidad, Dee, que iba a dirigir su primera investigación. Estaba tan emocionada que le entraron ganas de poner la música a tope y bailar una jiga por su diminuta habitación, pero no habría llegado muy lejos. Apenas había espacio para su cama individual, su estantería y su escritorio. Quizá no pudiera bailar en la habitación, pero había tenido suerte, ya que su escritorio encajaba perfectamente bajo una vieja ventana por la que entraban corrientes de aire y que tenía vistas al océano.

El sonido de la puerta principal al abrirse con un crujido hizo que se pusiera rígida. Cogió la porra extensible de encima del escritorio y adoptó una postura de lucha.

Desde que se había ido a vivir fuera del campus, había retrocedido un poco en su capacidad para relajarse en casa. En la residencia, solo había una entrada y una salida; en la casa de alquiler de dos plantas que ella y Dee compartían con otros tres estudiantes de la universidad, había varios puntos de acceso. La vieja y peculiar casa en el distrito Sunset de San Francisco estaba a solo cuatro manzanas del océano y le encantaba, aunque la pusiera *un poco* más nerviosa.

No solo eso, sino que vivir con un grupo de otros universitarios hacía que Selena se sintiera como una chica de diecinueve años cualquiera. Era reconfortante, ya que, en muchos sentidos, su vida hasta ese momento había sido de todo menos corriente. Nunca pensó que podría ser totalmente normal, pero organizar fiestas, tener novio y una mejor amiga en la universidad era más normal de lo que jamás había pensado que llegaría a ser.

Selena salió lentamente de su dormitorio y avanzó por el pasillo hacia el salón, con la porra extendida. Preguntó en voz alta:

—¿Dee?

Dee estaba en la entrada, todavía con el anorak y la bufanda puestos, revisando el correo sobre la barandilla de la escalera, antes de levantar la vista.

—Hola, tía. Perdona, debería haberte avisado.

Selena se relajó, replegó la porra y se la guardó en el bolsillo.

—Oye. ¿A que no sabes qué? —Selena pasó a contarle la buena noticia de que por fin podía trabajar en una investigación de verdad.

—Qué guay. ¿Quién es la chica desaparecida? ¿Son de por aquí?

—Viven en San Bruno. Los únicos detalles que tengo son que la niña desapareció de un salón de manicura, pero la policía no encontró ni rastro de que hubiera estado allí, así que las sospechas recayeron sobre los padres. Los padres nos contrataron no solo para demostrar su inocencia, sino para localizar a su hija. Mañana me reúno con los clientes y me darán todos los detalles.

Dee se quitó la bufanda de lana y la colgó en la percha del pasillo antes de pasarse los dedos por su melena rubia.

—Vaya. Eso es serio. ¿Martina te ha dado plena autonomía?

Selena sonrió con suficiencia.

—Más o menos. Oficialmente estoy al mando, pero voy a trabajar muy de cerca con Martina.

—Bueno, pues buena suerte. Espero que descubras qué le ha pasado a la niña. —El rostro de Dee se contrajo—. Uf. Hay tantos bichos raros por ahí.

—Y que lo digas.

Dee lo sabía bien. Era una superviviente. A Selena le impresionaba Dee y cómo había convertido su tragedia en algo positivo. Tras sufrir una agresión sexual en su primer semestre en la SFU, Dee había empezado a ir a terapia y asistía cada semana al grupo de apoyo del Centro para Víctimas de Violencia Sexual del campus. Luego dio un paso más y empezó a trabajar como voluntaria en el centro. Dee explicó que quería que su agresión significara algo, en lugar de ser solo otro acto de violencia sin sentido. Selena admiraba su fuerza y su actitud positiva.

—¿Ya has cenado? —preguntó Selena.

—No, todavía no. Tampoco he hecho la compra. Me temo que voy a cenar pastelitos.

Selena negó con la cabeza, mirando a Dee. Era un milagro que Dee se mantuviera tan delgada.

—Eso sería una cena malísima. Yo también tengo que coger un par de cosas en la tienda. ¿Quieres que vayamos a hacer la compra y a lo mejor cenamos algo del bufé de ensaladas del supermercado?

Dee asintió.

—Me parece un buen plan.

Selena había empezado a entrenar defensa personal y manejo de armas con Martina dos años atrás, después de que su exnovio psicópata la secuestrara. Durante ese tiempo, su madrastra le había insistido en que una dieta saludable era esencial para estar en forma y preparada para una pelea. *Cuerpo sano, mente sana*. Selena había acabado por hacerse a la idea y ahora intentaba limitar su consumo de azúcar y comer principalmente alimentos integrales, como proteínas magras y fruta y verdura frescas. Fue una transición lenta y *dolorosa*. Pero Martina había tenido razón, y Selena se sentía mejor, tanto mental como físicamente, de lo que se había sentido jamás en sus casi veinte años en el planeta.

Estar a punto de morir le hizo darse cuenta de que la vida era valiosa y que necesitaba vivirla de la mejor manera posible. Todavía le faltaba casi un año para poder solicitar su licencia de investigadora privada. Por suerte, estaba acumulando muchas horas de trabajo en la empresa, pero estaba impaciente por conseguir su licencia. Suponiendo que no la fastidiara en esta nueva investigación y que pudiera conseguir una recomendación de Martina. *Selena Bailey, investigadora privada*. Ay, cómo le encantaba cómo sonaba eso.

2

Selena aparcó junto al bordillo de la casa de estilo mediterráneo de dos plantas, con estuco de color crema y tejado de tejas rojas, en una de las urbanizaciones de lujo más nuevas de San Bruno. Era un barrio que se caracterizaba por sus jardines diminutos e impecables y sus entradas para coches repletas de Teslas y BMW.

Se volvió hacia Martina, en el asiento del copiloto, y asintió. Selena apagó el motor y salió del coche. El aire era fresco y olía a hierba recién cortada.

Las dos mujeres caminaron con paso decidido por el sendero hasta la puerta principal. Selena sentía un cosquilleo en el estómago mientras llamaba tres veces a la maciza puerta de madera. Estaba emocionada, pero también nerviosa. Sería la primera vez que entrevistaría a unos clientes y quería que saliera bien. Pretendía dar una imagen profesional y madura. No era una imagen fácil de lograr, teniendo en cuenta que medía un metro sesenta y que le faltaban solo tres meses para cumplir veinte años. Y no, nunca le habían dicho que aparentara más edad. Para su desgracia, a menudo la confundían con una estudiante de instituto en vez de con la universitaria que era. La gente mayor solía explicarle lo maravilloso que era aparentar menos años de los que se tienen. Decían que lo

agradecería cuando fuera mayor. Se preguntaba cuándo sería lo bastante mayor para que eso empezara a cumplirse. Selena miró de reojo a Martina, que estaba leyendo en el móvil. *Tú puedes, Selena.*

Un minuto después, la puerta se abrió y un hombre con pantalones grises, camisa blanca de botones y la sombra de una barba incipiente apareció con cara larga.

—¿Señor Harrington? —preguntó Selena.

Su rostro se relajó un poco.

—Sí, deben de ser ustedes Selena y Martina.

Selena asintió.

—Sí, soy Selena Bailey —dijo, y le tendió la mano.

Se la estrecharon y el señor Harrington asintió con la cabeza.

—Por favor, llámeme Rick.

Martina guardó el móvil en su bolso de hombro.

—Y yo soy Martina Monroe; hablamos por teléfono. Encantada de conocerle. —El señor Harrington y Martina se dieron la mano.

El señor Harrington se echó hacia atrás.

—Por favor, pasen.

Selena y Martina se limpiaron los pies en el felpudo antes de entrar en la casa. Las condujo al primer salón de la derecha. Era moderno, con dos sofás grises de estilo contemporáneo con cojines de colores vivos, uno frente al otro, delante de una chimenea con una repisa de mármol en la que se exhibían fotos familiares.

En uno de los sofás, una mujer de unos treinta años estaba sentada meciendo a un bebé en brazos. El señor Harrington se detuvo al extremo del sofá.

—Esta es mi mujer, Julie, y la pequeña es Gemma. Julie, ellas son Selena Bailey y Martina Monroe.

Julie pareció que iba a levantarse.

—Oh, por favor, no se levante —dijo Martina, y se acercó para estrecharle la única mano que tenía libre. Selena repitió el gesto antes de sentarse en el sofá de enfrente, ante Julie, el bebé y, ahora, Rick.

Rick era un hombre de mediana edad con el pelo entrecano, un contraste con la joven esposa que tenía al lado. Tenía que ser al menos diez años más joven. Ambos tenían rasgos oscuros y piel

aceitunada. Ninguno de los dos se parecía a la foto de Emily que les había enviado por correo electrónico. Emily tenía rasgos querúbicos, con grandes ojos azules y tez clara.

Selena esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Les importa que empecemos ya?

—Sí, por favor —dijo Rick, mientras Julie desenredaba los dedos del bebé de su largo pelo oscuro y luego asentía.

Selena enderezó la postura.

—He leído las notas del informe inicial. Según parece, Julie, usted estaba con Emily cuando desapareció, el sábado de hace tres semanas. ¿Puede contarme exactamente qué pasó ese día, desde que salieron de casa hasta el momento en que Emily desapareció?

Julie soltó un suspiro.

—En casa era un caos. Gemma no paraba de gritar. Emily se estaba frustrando porque pensaba que llegaríamos tarde a nuestras citas. A Emily le gusta ser puntual. Al final, Rick cogió al bebé y un poco de leche de fórmula y nos echó de casa para que no nos perdiéramos nuestro momento de unión. Condujimos los diez minutos hasta el salón de belleza y nos registramos para nuestras citas. El hombre de la recepción nos llevó a dos sillones de pedicura. Emily estaba sentada en el del extremo y yo a su lado. Todo parecía normal. Y entonces necesité usar el baño. Supuse que Emily estaría bien unos instantes. Así que fui rápidamente al servicio. Entré y salí. No pude tardar más de tres minutos. Ya no estaba en el sillón. Le pregunté a la técnica de uñas por Emily. La mujer se limitó a negármelo con la cabeza y no dijo nada. Y entonces lo dije más alto: «¿Dónde está Emily?». Ella seguía negando con la cabeza mientras vaciaba el agua del spa de pies que Emily había usado. Así que fui al hombre de la recepción y le pregunté por Emily. Me dijo que no sabía de qué le estaba hablando y que allí no había ninguna niña. Me volví un poco loca y empecé a gritarle. Me dijo que estaba loca y que debería ir a ver a un médico.

Selena levantó la mano como para detenerla.

—Así que la mujer le dijo que no, que no había visto a Emily, ¿aunque estaba limpiando activamente el lugar donde había estado sentada?

Julie asintió enfáticamente.

—Sí.

Selena ladeó la cabeza.

—¿Y el hombre le dijo que nunca vio a Emily con usted?

—Básicamente. Dijo: «No sé de qué me habla» y que no me había visto llegar con una niña. ¡Si nos había registrado él! Le exigí saber adónde había ido. Me dijo que estaba loca y que debería ir a buscar un médico antes de hacerme daño. Me dijo que no pagara, que me fuera. Así que salí corriendo del salón y busqué en el aparcamiento alguna señal de ella. Como no la encontré, llamé a la policía con el móvil.

La voz de Julie empezaba a temblar. Selena no creía que fuera por nervios. Parecía más bien que estaba genuinamente traumatizada por la experiencia y angustiada por la desaparición de su hija.

—¿Cuánto tardó en llegar la policía?

—Me pareció una eternidad, al menos diez minutos.

—¿Diez minutos?

—Sí, tardaron muchísimo. Se me hizo eterno mientras estaba allí sola. Llamé a Rick y le conté lo que había pasado. Al principio no lo entendía porque el bebé estaba gritando y yo simplemente... —La mirada de Julie se perdió en la foto familiar y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

Selena se preguntó si la mujer se culpaba por haber perdido a Emily o si simplemente estaba montando un gran espectáculo.

—¿Había estado antes en ese salón de manicura? —preguntó Selena.

Julie se secó la cara con el dorso de la mano.

—No. Lo encontré en Yelp. Era el único que tenía citas disponibles. Fue un plan de última hora. Pero sé que algo raro pasa allí. La forma en que insistieron en que no la habían visto no era normal. Era como si estuviera ensayado. Para negar que ella había estado allí, tenían que habérsela llevado.

Rick rodeó los hombros de Julie con el brazo en lo que pareció un intento de consolarla.

Selena miró a Martina, que le hizo un gesto de ánimo para que continuara.

—¿Hay algo más que pueda contarme sobre ese día? ¿Notó a alguien que pareciera sospechoso o fuera de lugar, ya sea en el barrio o cerca del salón de manicura?

Julie negó con la cabeza.

—No.

—¿Quizás una cara nueva por el barrio o en el colegio de Emily en los días o semanas previas a su desaparición?

Julie levantó la vista como si intentara recordar. Volvió a negar con la cabeza.

—No.

Si eso era cierto, era probable que Emily hubiera desaparecido en el salón de manicura o a manos de sus padres. Selena dejó su cuaderno.

—He notado que ninguno de los dos se parece físicamente a Emily. ¿Fue adoptada?

Rick estaba a punto de hablar cuando el bebé en brazos de su mujer empezó a llorar. Julie se levantó del sofá, con el bebé en brazos, y empezó a mecerla. Miró a Selena.

—Lo siento. Creo que puede que esté lista para comer. Rick, continúa tú. Volveré en cuanto pueda. —Salió del salón y subió las escaleras, presumiblemente a un cuarto para el bebé.

Selena dijo:

—¿Decía usted?

Su semblante se ensombreció.

—No, Emily no fue adoptada. Es mi hija de un matrimonio anterior. Desgraciadamente, su madre falleció hace poco. Emily vino a vivir con nosotros a tiempo completo hace siete meses, cuando su madre estaba demasiado enferma para cuidarla. Fue genial tener a Emily por aquí… —Antes de que pudiera terminar, cerró los ojos e inclinó la cabeza, llevándosela a las manos. Su cuerpo temblaba.

Martina rebuscó en su bolso y sacó un paquete de pañuelos. Se levantó del sofá y los dejó a su lado. Él la miró con ojos tristes y llorosos.

—Gracias. —Cogió un pañuelo del paquete de plástico y se secó los ojos—. Su madre se mudó a Oregón poco después de que nos separáramos hace cinco años, así que solo veía a Emily cuando

volaba hasta allí o cuando venía aquí en verano. A su madre le diagnosticaron cáncer hace un año y medio, y cuando se puso demasiado enferma para cuidar de Emily, la trajimos a vivir con nosotros. Sacó el físico de su madre.

¿Hace siete meses? ¿Cuando ya esperaban un nuevo bebé? ¿Qué pensaba Julie Harrington de aquello?

—¿Cómo se adaptó Emily a estar aquí con usted, su mujer y el nuevo bebé?

—Fue difícil al principio. Echaba mucho de menos a su madre. Gemma nació hace seis semanas. Eso también ha sido un nuevo desafío. A veces pienso que soy demasiado viejo para esto. Pero Julie ha sido maravillosa. Quería estrechar lazos con Emily y ser una madre para ella. Por eso fueron al salón ese día, para tener un momento de unión sin el bebé y sin mí.

Una niña difícil. Una madrastra con un recién nacido. Podía entender por qué la investigación del departamento de policía se había centrado en la familia. El padre estaba ciertamente afectado por la desaparición de Emily, y Julie también. ¿Pero era todo una actuación?

—Siento mucho que esté pasando por esto, Rick. Vamos a hacer todo lo que podamos para encontrar a Emily. ¿Le importa si echo un vistazo por aquí? También me gustaría ver su habitación, si no es molestia.

—Sí, está bien.

Selena se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea. Había fotos familiares de Rick, Julie, Emily y el nuevo bebé. Y más fotos del nuevo bebé. *Y más fotos del bebé.* Se volvió hacia Rick.

—¿Le hicieron fotos escolares a Emily este año?

—Sí, están por aquí en alguna parte. Creo que acabamos de recibir el paquete hace poco.

Las fotos del colegio no estaban expuestas en la casa. ¿Demasiado ocupados con el nuevo bebé? ¿O demasiado ocupados lidiando con una niña de siete años difícil? ¿O sabían que no estaría por aquí, así que para qué molestarse?

—¿Y su habitación está arriba? —preguntó Selena.

—Sí, permítame que le enseñe. —Rick se levantó del sofá y guio a Selena y Martina escaleras arriba. En lo alto de la escalera, señaló a la izquierda—. Esa es la habitación de Emily. Me cuesta mucho entrar ahí. No la hemos tocado desde que la policía estuvo aquí.

Selena y Martina entraron en silencio. La habitación tenía una gran ventana sobre un tipi de juegos rojo junto a una estantería que tenía libros a medio sacar y algunos en el suelo. En la pared del fondo había una cómoda blanca con los cajones abiertos y la ropa desbordándose. Una cama individual estaba desprovista de toda cubierta. Las paredes estaban adornadas con pósteres de pájaros de colores. Selena se acercó al armario. Abrigos, zapatos y vestidos estaban apartados como si alguien hubiera estado buscando pistas. Selena cogió un vestido de cuadros escoceses rojos del fondo del armario y lo volvió a colgar en una percha. A su espalda oyó:

—Ese era su favorito.

Selena se dio la vuelta y vio a Julie de pie en el umbral. Rick estaba detrás de ella.

—¿Ah, sí? —preguntó Selena.

—Sí, se lo compramos para que lo llevara al ballet de *El Cascanueces* en Navidad. El rojo es su color favorito.

—¿Y le gustan los pájaros?

Los ojos de Julie se abrieron de par en par y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

—Oh, sí. Le *encantan* los pájaros. *Le encantan*. No para de hablar de ellos. De hecho, es adorable. Llama a Gemma «pajarito». —Las lágrimas volvieron a los ojos de Julie.

Selena miró al suelo mientras Julie se recomponía. El suelo estaba cubierto de libros, muñecas y ropa.

—¿Era Emily una niña desordenada?

Julie se secó una comisura del ojo.

—Oh, no. Era escrupulosamente ordenada. Esto lo ha hecho la policía. Le daría un ataque si viera lo que han hecho.

Emily era una niña ordenada a la que le encantaban los pájaros. Y que tenía ataques.

—¿Podemos hacer un recorrido por el resto de la casa?

Julie respondió:

—Por supuesto, pero por favor, hagan poco ruido si pueden. Acabo de acostar a Gemma.

Martina susurró:

—No hay problema. Lo entiendo. Mi bebé ya tiene veintiuno, pero recuerdo esos días y noches como si fueran ayer.

Selena se preguntó cómo sería para Zoey, la hija de Martina, crecer con ella desde el primer día. Probablemente sería genial.

Al final del recorrido, después de que nada pareciera anormal o fuera de lugar, Selena dijo:

—Ya sabemos dónde está la salida. Nos pondremos en contacto en cuanto tengamos más información.

Rick miró a Selena y a Martina.

—Gracias, gracias a las dos. Solo queremos que vuelva a casa. Es todo lo que queremos.

Mientras se despedían con la mano, Rick permaneció en el vestíbulo con el brazo alrededor de los hombros de Julie.

Selena pensó que el dolor de los Harrington parecía genuino. Pero también lo parecía el de tantos otros asesinos de niños que desfilaban ante los canales de noticias suplicando al público que les ayudaran a encontrar a sus hijos, solo para descubrir más tarde que, de hecho, habían asesinado a su propia sangre. ¿Eran los Harrington sinceros o se merecían un Óscar por su actuación?

3

—•—

Ala mañana siguiente, Selena se despertó acurrucada bajo las sábanas en la cama de Brendon. Oficialmente, era fin de semana. No tenía clases, pero sí una misión importante ese día. Hoy era el día de su primera misión de incógnito en el salón de manicura. Estaba más nerviosa de lo que esperaba y se había pasado casi toda la noche dando vueltas en la cama. Martina le había asegurado que lo había hecho genial con los Harrington, pero una cosa era entrevistar a clientes y otra muy distinta intentar sacar información a posibles adversarios.

Selena se dio cuenta de que debía dar gracias al cielo por poder siquiera trabajar en la investigación, lo que la presionaba aún más para hacer bien el trabajo.

Hacía un año, Martina se había enfadado bastante cuando Selena inició su propia investigación y vigilancia de la fraternidad Delta Kappa Alpha después de que atacaran a Dee en una de sus fiestas. La policía encargada de llevar el caso no lo había hecho, alegando que era otro caso de «la palabra de uno contra la del otro», pero Selena sabía que había algo más gordo detrás, así que había decidido tomar cartas en el asunto. Por supuesto, la operación no había salido exactamente como estaba previsto, pero con la ayuda

de Martina, la fraternidad perdió sus estatutos y detuvieron a uno de los malos, que más tarde fue procesado, ya que el ataque había quedado grabado en vídeo.

Selena había hecho algunas cosas cuestionables y peligrosas que a Martina no le habían hecho ninguna gracia. Básicamente, no tenía refuerzos y nadie, salvo Dee, sabía lo que se traía entre manos, y Dee ya se había vuelto a casa, a Sacramento, cuando todo se torció. Tras un sinfín de sermones por parte de Martina y de su padre, Selena prometió no volver a hacer más trabajos de investigación o de incógnito no autorizados.

Miró a Brendon, que seguía durmiendo profundamente. Había tenido muchísima suerte al conocerlo. No solo era un regalo para la vista, sino que además la hacía reír como nadie lo había hecho nunca.

Brendon estudiaba Ciencias Políticas y quería ser abogado para después entrar en política e intentar reformar el sistema judicial. Le dio un beso suave en la mejilla y le susurró al oído:

—Tengo que irme. Te llamo luego, ¿vale?

Él gruñó en señal de protesta antes de girarse de lado y rodearla con el brazo derecho.

—No, no te vayas. ¿De verdad tienes que irte?

Ella le pasó los dedos por el pelo castaño claro.

—Sabes que hoy es mi primera misión de incógnito.

Él abrió los ojos y la miró fijamente.

—Es verdad. Buena suerte. Llámame luego y cuéntame qué tal ha ido, ¿vale?

Ella le dio un piquito rápido en los labios antes de deslizarse fuera de la cama.

—Vale. Te llamo luego —se puso los vaqueros y el jersey y cogió el abrigo antes de salir a toda prisa por el pasillo y de su apartamento. Cerró la puerta con llave y bajó las escaleras hasta la calle, donde el frío viento de febrero le dio de lleno en la cara. Corrió hacia su coche, que estaba aparcado justo delante del edificio. Entró por el lado del conductor y arrancó. Se frotó las manos y después encendió la radio. Luego subió el volumen y condujo hacia casa para recoger a Dee para su misión.

Después de ducharse y tomar un desayuno saludable de revuelto de brócoli y huevo, Dee y Selena se dirigieron al salón de manicura en la ciudad de San Bruno. Durante los veinticinco minutos de trayecto, Selena preparó a Dee, que había aceptado con entusiasmo una manicura y pedicura gratis como pago por ser su compañera de incógnito, además de proporcionar un informe completo de sus observaciones en las oficinas de Drakos Monroe.

—Fíjate en cualquier cosa rara o que no sea habitual en un salón de manicura —le explicó Selena—. En objetos que no suelen estar ahí o en conversaciones extrañas.

Dee seguía concentrada en aplicarse brillo de labios en el espejo del parasol.

—Entendido. Ah, y si necesitas que te ayude en alguna otra vigilancia en la que tenga que recibir un masaje, un tratamiento facial o algo así, estaré encantada de ayudar.

Selena esbozó una sonrisa. Era agradable tener compañía en su primera vigilancia. Había convencido a Martina de que sería menos sospechoso que fueran las dos a hacerse la manicura y la pedicura. Martina había aceptado el gasto casi de inmediato. Era un plan redondo.

Se acercaron al centro comercial abierto y se fijaron en el aparcamiento, que estaba casi lleno. Selena encontró un sitio a varios metros de Pretty Nails, el salón de manicura en cuestión.

Al acercarse al escaparate de cristal, Selena se sorprendió al ver que estaba casi lleno. Raro para ser febrero. Nadie llevaba chanclas ni zapatos abiertos con el aire gélido de la bahía de San Francisco. Empujó la puerta de cristal del salón y el juego de campanillas que colgaba del tirador tintineó, avisando al establecimiento de su llegada.

Selena se acercó a un hombre de mediana edad con el pelo oscuro y la piel curtida. *No estoy segura de haber visto nunca a un hombre trabajando en un salón de manicura,* pensó. ¿Quizás era el dueño?

Él le dedicó lo que parecía ser una sonrisa forzada y le mostró una dentadura torcida.

—¿En qué puedo ayudarles?

Selena iluminó su expresión.

—Hola, me llamo Selena Jones y esta es mi amiga, Dee Smith. Las dos tenemos cita para manicura y pedicura —Selena había considerado usar nombres y apellidos falsos, pero le preocupaba que ella y Dee pudieran meter la pata y decir sus nombres de pila, así que había optado por usar solo apellidos falsos.

El hombre consultó el monitor del ordenador y luego volvió a mirar a Selena.

—Ah, sí, aquí están. Por aquí, por favor.

Selena miró a Dee y luego siguió al hombre hasta la primera fila de sillones de pedicura, cada uno equipado con su propia cubeta para los pies en la parte inferior. El hombre señaló.

—Usted aquí y usted aquí —se dio la vuelta y dijo algo en otro idioma a dos mujeres que se acercaron a toda prisa a los sillones de Dee y Selena.

Selena se recostó en el sillón de cuero. *No está nada mal.* Levantó la vista. El salón de manicura tenía un mostrador de recepción rodeado de lámparas de luz ultravioleta para secar las uñas, y luego seis sillones de pedicura a cada lado de la sala. Estaba decorado con pósteres horteras de uñas de colores vivos. Junto al último sillón del extremo había un pequeño cartel que anunciaba ofertas especiales para madres e hijas. *Interesante.* Al final de la fila de sillones había una trastienda, donde probablemente se encontraban el baño y los armarios. Al otro lado de la sala, vio a otras mujeres leyendo en dispositivos electrónicos, revistas, o charlando con la persona de al lado. Todos los sillones estaban ocupados.

Selena bajó la vista hacia la mujer que ahora estaba llenando la cubeta con agua caliente y echando un polvo azul en ella. No podía ser mucho mayor que ella. La mujer miró a Selena con los ojos enrojecidos.

—¿Qué tal la temp...ratura?

Selena sonrió.

—Está perfecta. Ah, me gustan sus uñas.

La mujer esbozó una sonrisa forzada y asintió con la cabeza.

Las uñas de las manos y los pies de la mujer, de un naranja neón, contrastaban fuertemente con su atuendo relativamente soso, unos pantalones de algodón negros y una camiseta verde desvaída.

Se volvió hacia Dee, que estaba recostada en el sillón con los ojos cerrados y la mano en el mando de la función de masaje.

—¿Disfrutando? —preguntó Selena.

Los ojos azul aguamarina de Dee se abrieron de golpe.

—Sí, la verdad es que podría acostumbrarme a esto.

—Y yo.

Selena volvió a mirar a su técnica.

—¿Así que vienen muchas madres e hijas por la oferta especial? Estaba pensando que quizá debería traer a mi madre.

Mentira. Su madre estaba muerta, asesinada por su cabrón de novio, que ahora cumplía cadena perpetua en San Quintín.

La mujer le dedicó la misma sonrisa tensa y asintió. Selena se preguntó cuánto inglés sabrían las mujeres. Se inclinó hacia delante y le preguntó a la técnica de Dee, una mujer mayor con el pelo canoso y los ojos oscuros:

—¿Habla usted inglés?

—Un poco inglés.

Selena continuó con su interrogatorio.

—¿Vienen muchas madres con sus hijas pequeñas? ¿O sobre todo adultas?

Ella sonrió y asintió, revelando la ausencia de un incisivo.

—Madres e hijas.

Ya le había advertido que *un poco inglés*.

En la hora que pasó sentada en el sillón, vio entrar y salir tanto a hombres como a mujeres. ¿Hombres progresistas haciéndose la pedicura? ¿Hombres de negocios? No podía imaginarse a Brendon o a su padre poniendo un pie en un salón de manicura, y mucho menos sentados allí el tiempo suficiente para una manicura y pedicura. El negocio iba viento en popa. Sorprendente, teniendo en cuenta que una niña podría haber desaparecido del salón tres semanas antes. Aunque no se hubiera demostrado, parecía que habría afectado un poco al negocio.

La técnica le puso las chanclas a Selena después de pintarle las uñas de los pies. Selena meneó los dedos de los pies, ahora de un azul brillante.

—Me encantan. Gracias. ¿Hay algún baño que pueda usar?

La mujer señaló hacia el fondo del pasillo.

Selena le dedicó su mejor sonrisa y se levantó del sillón. Le dio a Dee el dinero para pagar antes de pasear despreocupadamente por la fila de sillones de pedicura hacia la trastienda. Entró en el oscuro pasillo y vio el baño señalado con una placa de latón a la derecha. A la izquierda había otras dos puertas cerradas y sin etiqueta. Volvió a mirar por encima del hombro hacia el salón. Nadie la estaba mirando.

Abrió la primera puerta de la izquierda y echó un vistazo. Parecía que había sobre todo material: cera, toallas, separadores de dedos de algodón y otros artículos variados que cabría esperar en un salón de manicura. Volvió a mirar por encima del hombro. Seguían sin prestarle atención mientras fisgaba. Miró la puerta que tenía justo delante y giró el pomo. Se sorprendió al abrir la puerta y encontrar más puertas. El sitio era un puñetero laberinto. *Raro.*

Abrió la primera a la izquierda y retrocedió. Se quedó con la boca abierta. Había cinco colchones en el suelo con pequeños montones de ropa y zapatos junto a cada uno. ¿Las mujeres dormían aquí? *Esto no puede ser legal.* Sacó el móvil e hizo una foto antes de cerrar la puerta con cuidado.

Abrió la puerta siguiente y se quedó helada al ver al hombre semidesnudo detrás de ella. Miró a su izquierda y vio a una joven encogida bajo una sábana sobre una cama de matrimonio. El hombre empujó a Selena hacia atrás y le cerró la puerta en la cara.

Selena se dio la vuelta para salir lo más rápido posible. No quería que la descubrieran fisgoneando. Corrió hacia la parte delantera del salón donde Dee estaba sentada con las manos bajo unas lámparas ultravioleta que emitían un brillo morado. Se agachó y le susurró al oído.

—Tenemos que irnos. ¡*Ahora*!

4

—•—

Selena salió corriendo hacia su coche y se metió de un salto en el asiento del conductor. Esperó a que Dee la alcanzara y salieron a toda prisa. De camino a Drakos Monroe Security and Investigations, Selena le describió a Dee lo que había presenciado. A Dee se le abrieron los ojos como platos y se quedó con la boca abierta. —Madre mía. Sí. Encaja totalmente. Esas mujeres son víctimas de la trata.

Selena negó con la cabeza sin apartar la vista de la carretera. —¿A qué te refieres?

—Los salones de uñas son famosos por la trata de personas. Estuve observando a las mujeres. Todas las señales de alarma están ahí. El único que habla inglés con fluidez es el hombre del mostrador, y las vigila a todas bastante de cerca. Ninguna parece especialmente bien vestida y ninguna mantenía el contacto visual. Y el hecho de que haya colchones significa que esas mujeres probablemente viven allí. Todos son indicios clásicos de que son víctimas de la trata. A veces lo que ocurre es que las traen a Estados Unidos con falsas promesas de que trabajarán y ganarán dinero para enviar a casa. Pero, en realidad, están atrapadas en la esclavitud moderna. Apuesto a que a esas mujeres no les pagan o ni siquiera

las alimentan muy bien. Y el hecho de que hubiera un hombre semidesnudo con otra mujer debajo de la sábana… quizá también las estén obligando a prostituirse. ¿Vamos a chaparles el negocio?

Selena se esforzó al máximo por concentrarse en la carretera, pero no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo era posible que la policía no hubiera descubierto esto durante su búsqueda de Emily?

—¿Cómo sabes todo esto? Y si trafican con chicas jóvenes asiáticas, ¿cómo encajaría en todo esto Emily, que es rubia y de ojos azules?

—En el centro nos forman para reconocer las señales. Una de las razones es para ayudar a las mujeres que acuden al centro y para estar alerta en nuestro día a día. En cuanto a cómo encaja Emily… no lo sé, pero la trata de personas es crimen organizado. En cuanto la madre de la niña denunció que su hija había desaparecido, probablemente usaron lejía para limpiar todas las superficies. Además, seguro que escondieron todas las pertenencias de las mujeres cuando la policía registró el local. ¿Has dicho que básicamente solo había colchones lisos en el suelo? Seguramente tengan una forma rápida de darle la vuelta para que parezca más normal. Este tipo de operaciones tiene a docenas de cómplices. Puede que incluso tengan un equipo solo para encubrirlo todo rápidamente.

Selena torció el gesto con asco. —No puedo creer que estas cosas pasen aquí. ¿Cómo podía haber trata de personas en el área de la bahía de San Francisco? Pensaba que ese tipo de cosas solo ocurrían en el extranjero, en países corruptos.

Dee suspiró. —Ocurre en todas partes.

Eso es verdaderamente espantoso. ¿Y qué hay de Emily Harrington? ¿Estaba su desaparición conectada con una red de trata de personas?

Llegaron a Drakos Monroe y fueron recibidas calurosamente por la recepcionista, la señora Pearson, que llevaba su característico

pintalabios rosa brillante y el pelo cuidadosamente peinado. Tras las presentaciones, Dee y Selena pasaron a la zona de cubículos, donde encontraron a Martina charlando con otro miembro del equipo. Martina pareció aliviada al verlas de vuelta sanas y salvas. Las saludó con la mano. —Nos vemos en la sala de conferencias dos en cinco minutos, ¿de acuerdo?

—Claro.

Dee y Selena recorrieron el pasillo y entraron en la pequeña sala de conferencias, que tenía las paredes pintadas con pintura de pizarra blanca, una mesa y cuatro sillas. Dee se dio una vuelta en la silla y su melena dorada le cubrió la cara. —Este sitio es genial. ¿Crees que podría conseguir un trabajillo aquí?

—Probablemente. Podrías preguntárselo a Martina cuando llegue. No sabía que te interesaba este tipo de trabajo.

Dee se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. —No sé, sigo con la vista puesta en la facultad de Medicina, pero podría ser interesante. Y un poco de dinero extra nunca viene mal.

—Puedo preguntárselo por ti —dijo Selena, levantando la vista—. Ah, hola, Martina.

Martina se pasó los dedos por su pelo corto y oscuro antes de tomar asiento. —Hola, chicas. Me alegro de que hayáis vuelto. ¿Cómo ha ido en el salón de uñas?

¿Se había preocupado Martina? No era precisamente la operación encubierta de más alto riesgo. Aunque alguien la había pillado husmeando. Si se acordaban de ella, podría ser malo. *Muy malo*.

Selena se enderezó en la silla y le dio a Martina un informe completo de lo que había sucedido.

A Martina se le descompuso la cara. —¿La han pillado husmeando?

—Un tipo. No era el que estaba en el mostrador.

Después de oírse decir esas palabras, se dio cuenta de que sonaba estúpido. Si tenían cámaras ahí detrás, la tendrían grabada fisgoneando. Por supuesto, podía explicar fácilmente su presencia en la trastienda diciendo simplemente que estaba buscando el baño. *Lo que uno siempre hace cuando lo pillan curioseando.*

Martina las miró a las dos y luego se centró en Selena. —Ni que decir tiene que ninguna de las dos puede volver a entrar en ese

salón de uñas, nunca. ¿Lo entienden?

Selena asintió.

Dee levantó una mano. —Por mí, perfecto. De todas formas, no han hecho un buen trabajo. Mira eso. Me ha pintado la cutícula en dos dedos distintos.

Selena contuvo una risita.

El rostro de Martina permaneció serio. —Gracias por acompañarla, Dee. Se lo agradezco, ha hecho usted algunas buenas observaciones.

—No hay de qué. Me alegro de haber podido ayudar. Ojalá encuentren a Emily. Pero ¿qué piensan hacer con la trata de personas? ¿Van a avisar a la policía? Tienen que cerrarles el negocio. La semana pasada leí un artículo que decía que la trata de personas estaba en auge y que ahora mismo es el negocio de más rápido crecimiento en Estados Unidos.

Martina cerró los ojos y negó con la cabeza. —Lo sé. Es horrible. Pero no estoy segura de que debamos avisar a la policía todavía. Si el salón está relacionado de alguna manera con la desaparición de Emily, sería mejor para nosotros vigilarlo de cerca, pero sin asustarlos. Si hacen las maletas y se van, puede que nunca encontremos a Emily.

El instinto de Selena le decía que la supuesta red de trata estaba, de hecho, conectada con Emily Harrington, pero ¿cómo? Dijo: —Vale, entiendo lo que dice sobre la trata de personas, pero no parece encajar que roben a una niña de siete años con el pelo rubio y los ojos azules, ¿verdad? Todas esas mujeres no hablaban inglés y eran claramente de otro país. Parece un modelo muy diferente al de secuestrar a los niños que entran en el salón de uñas, ¿no?

Martina ladeó la cabeza. —El crimen organizado no suele limitarse a una sola línea de negocio. Si están metidos en el comercio sexual, es probable que alguien como Emily —por horrible que suene— pudiera haber sido un encargo especial. ¿Dijo usted que había carteles anunciando ofertas para madres e hijas? Podría ser la forma en que atraen a las niñas. Y puede que solo les haya valido para conseguir una, pero, francamente, alguien como Emily podría valer mucho en el mercado negro.

A Selena se le revolvió el estómago. La idea le repugnaba. ¿Por qué había tantos monstruos en el mundo? Y lo que es más importante, ¿cómo podía detenerlos? —No entiendo cómo la policía no encontró nada cuando registraron el local.

Martina dio una explicación similar a la de Dee. —Es un salón de uñas. Se limpia fácilmente con un poco de lejía. También es una posibilidad que… —Martina hizo una pausa—. Lo siento, es su caso. ¿Cuáles cree usted que son las otras posibilidades?

Selena se encontró con la mirada severa de Martina. —Nunca estuvo allí.

—Exacto —convino Martina.

—Usted conoció a los padres. ¿Cuál es su opinión? —preguntó Selena.

—Ahora mismo podría inclinarme por cualquiera de las dos cosas. Parecen sinceros, pero nunca se sabe. Tenemos que seguir las pruebas, y ahora mismo no tenemos ninguna, en realidad. —Martina se volvió hacia Dee, que las observaba atentamente, antes de regresar a Selena—. Estaba pensando en que hablásemos de los próximos pasos, pero no quiero aburrir a Dee. ¿Habéis venido en coches distintos?

—No, la he traído yo.

Martina cogió su teléfono. —No hay problema, haré que uno de mis empleados lleve a Dee de vuelta.

Selena pensó: *Vaya. Martina era la leche. «Haré que uno de mis empleados te lleve». Toda una jefa, sí señora.*

Martina miró a Dee. —¿Le parece bien?

—Sí, genial. Gracias.

—Vaya y dígale a la señora Pearson que le he dado mi visto bueno. Ella sabrá qué hacer. Gracias de nuevo por su ayuda, Dee.

—No hay de qué. Nos vemos en casa, Selena.

Dee se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

Selena se despidió con la mano antes de que Dee desapareciera en el pasillo.

Al final de su sesión estratégica de dos horas, Martina dijo: —Vale. Esperaremos sin mover ficha hasta que lleguen los antecedentes del salón de uñas y del dueño. Eso debería darle a usted tiempo este fin de semana para hacer los deberes y divertirse un poco. Le avisaré en cuanto llegue la información.

A Selena no le gustaba la idea de esperar sin mover ficha. Quería actuar. Quería descubrir qué le había pasado a Emily. —¿Está segura de que no podemos hacer nada?

Martina negó con la cabeza. —No, es demasiado peligroso iniciar una vigilancia hasta que sepamos con quién estamos tratando. Si son traficantes, puede que tengamos que reevaluar nuestra estrategia. Hasta entonces, haremos que el equipo empiece a vigilar a los Harrington.

Una mezcla de emoción y nervios se formó en su estómago. Había quedado claro que, aunque les pagaba la familia, también necesitaban investigar a la familia. Cuanto más supieran sobre la vida de Emily, más probable sería que pudieran averiguar qué le había pasado y, con suerte, encontrarla sana y salva. *Cruzaba los dedos.*

5

Selena masticaba un bocado de ensalada César mientras admiraba el entusiasmo infantil de Brendon.

—¿Te lo puedes creer? Este verano voy a hacer prácticas en el despacho del alcalde. Qué ganas tengo. No solo aprenderé un montón, sino que quedará genial en mis solicitudes para la facultad de Derecho.

Ella tragó y le sonrió.

—Me alegro mucho por ti. Y vaya, sí que eres previsor. Las solicitudes para la facultad de Derecho no son hasta dentro de dos o tres años, ¿no?

Él asintió.

—Sí, no las presentaré hasta que haga el LSAT en el último año. Me quedan dos años más, pero ahora es el momento de empezar a construir mi currículum. Entrar en una de las mejores facultades de Derecho es bastante importante para lo que quiero hacer.

Selena admiraba su determinación y ambición. A veces no podía creer que estuviera saliendo con un futuro político. Era tan diferente de lo que había imaginado para su propia vida... Todo lo que ella siempre había querido era no tener que preocuparse por cómo pagaría las facturas y ayudar a los demás. La misión de Brendon no

era muy distinta. Aunque él no se había criado preguntándose si llegarían a fin de mes para pagar el alquiler, también quería ayudar a los demás, pero de una manera mucho más pública. Selena no podía imaginarse una vida bajo los focos. Sin embargo, parecían encajar..., por ahora. Era algo que le preocupaba de vez en cuando, pero sobre todo intentaba disfrutar del aquí y el ahora. La vida estaba para vivirla.

—Bueno, pues me alegro por ti. Seguro que serás un becario estrella.

Él le dedicó una sonrisa radiante.

—No sé si estrella... Hablando de eso, ¿cómo va el caso y la vigilancia? ¡Quiero saberlo todo!

Selena se limpió los dedos en la servilleta de papel y le contó los detalles de su entrevista con los Harrington y de la operación encubierta. Tras su resumen, le explicó:

—Estoy deseando profundizar más. Hay algo que no encaja en este caso. Creo que si puedo echar un vistazo más de cerca al salón de manicura, podré unir las piezas del puzle. Pero tengo órdenes estrictas de Martina de mantenerme alejada del salón hasta que nuestros analistas puedan conseguir los antecedentes del propietario y el historial del negocio —cogió su vaso de plástico lleno de agua y bebió un sorbo. Miró a Brendon. No había ninguna sonrisa de ánimo y su tez pálida se había vuelto cenicienta.

—¿Qué pasa? —preguntó Selena.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Trata de personas? Eso es crimen organizado. Se sabe que ese tipo de grupos son extremadamente violentos si se les provoca. Yo..., estoy preocupado por ti. No tenía ni idea de que el trabajo de un detective privado fuera tan peligroso. Pensaba que te dedicarías a perseguir a maridos infieles o algo así.

¿Por qué iba a pensar él que ella podría querer una carrera persiguiendo a maridos infieles? De repente, perdió el apetito y apartó el plato.

—Este es el trabajo. Y no, no siempre es tan peligroso, pero puede serlo. Drakos Monroe es seguridad *e* investigaciones, lo que significa que aceptamos algunos de los casos de más alto riesgo, como

personas desaparecidas y gente que necesita protección. Claro, el trabajo que nos da de comer es menos emocionante, como la comprobación de antecedentes, el fraude de seguros y la búsqueda de información para demandas judiciales. Pero lo que me encanta son las investigaciones. Intentar unir todas las pistas. Es fascinante.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, no me había dado cuenta. Vaya. Veo por qué querrías hacer eso, supongo.

¿Que lo suponía?

—¿Qué quieres decir? Sabías que me dedicaría o bien a la policía o a la investigación privada en la empresa de mi madrastra. Te dije que quería ayudar a la gente, como mi madrastra y el detective Gates me ayudaron a salvarme a mí. Ese es el tipo de trabajo que quiero —su cuerpo se estremeció al recordar al detective Gates derribando la puerta de una patada, disparando a su agresor, su entonces espeluznante novio, Zeek, y luego a Martina llevándosela a un lugar seguro. Dos años después y los *flashbacks* todavía la sacudían.

Su cuerpo se relajó.

—Tienes razón. Lo siento. Supongo que prefiero pensar en que *no* estás en peligro. Sé que eres fuerte y que sabes cuidarte. Es que no me imagino perderte. Es diferente oír los detalles. Supongo que como no has estado mucho sobre el terreno, no me había hecho a la idea hasta ahora, eso es todo. Seguro que me acostumbraré. Si tú eres feliz, yo soy feliz.

—Soy feliz. Me encanta el hecho de que pueda salvar a una niña cuando la policía tradicional no ha podido.

Él ladeó la cabeza.

—Eso es increíble, cariño. ¿Me perdonas?

Ella le dedicó una sonrisa torcida.

—Supongo.

—Me conformo. Ahora, ¿qué me dices si nos largamos de aquí y vamos al cine?

Ella sonrió.

—Hagámoslo —a pesar de sus sonrisas, Selena todavía se sentía un poco descolocada por la conversación. Se preguntó cómo de

comprensivo sería Brendon cuando ella fuera detective privada o policía a tiempo completo y estuviera persiguiendo a los malos habitualmente. Este era solo el primer día. Se sacudió la sensación y optó por pasar una noche divertida llena de palomitas de cine, chucherías y el cálido cuerpo de Brendon junto al suyo.

Selena tecleó la última frase del ensayo que tenía que entregar al día siguiente para su clase de Teoría Criminal. No podía creer que estuviera en casa haciendo los deberes en lugar de salir a investigar la desaparición de Emily Harrington. Pero las órdenes estrictas de Martina aseguraban que no se acercaría de nuevo al salón de manicura. Selena empezó a preguntarse, de todos modos, ¿de qué servía sacarse la carrera de Criminología? No necesitaba un título universitario para ser detective privada o policía, y mientras siguiera acumulando horas a través de Drakos Monroe, podría optar a obtener su licencia al año siguiente. Como si respondiera a su pregunta, su teléfono vibró sobre el escritorio. Lo cogió.

—Hola, Martina.

—Hola, ¿cómo va todo?

—Genial, acabo de terminar lo último de los deberes para mañana. ¿Qué pasa, has encontrado algo nuevo en el caso?

—He conseguido concertar una entrevista con el detective principal del Departamento de Policía de San Bruno para que puedas interrogarlo sobre el caso. No he podido localizar a nadie en el colegio de Emily, así que mañana haré que uno de mis empleados llame al colegio de Emily e intente concertar una cita con su profesora.

Menos mal. No veía la hora de volver al caso. Comparadas con la investigación, sus clases eran como ver la pintura secarse.

Selena se levantó de la silla del escritorio y se subió a la cama.

—Genial. ¿Crees que el detective será comunicativo sobre el caso?

—Eso espero. He tenido que mover algunos hilos para conseguirte la entrevista.

Las ventajas de ser como Martina parecían no tener fin.

—Supongo que entonces no hay nada más que pueda hacer hasta mañana, ¿no?

—Tienes preparadas las preguntas de la entrevista, ¿verdad?

—Sí —había creado la lista de preguntas para la policía y la profesora de Emily casi inmediatamente después de salir de la residencia de los Harrington el viernes por la noche. Estaba lista para interrogar y seguir trabajando en el caso. Se moría de ganas de vigilar el salón de manicura por la noche, que era presumiblemente cuando habría mucha actividad, si es que de verdad estaban prostituyendo a las mujeres. Pero tenía órdenes de mantenerse al margen. Si casualmente pasaba por allí una noche, no se consideraría vigilancia, ¿verdad?

—Estupendo. Haré que mi asistente te envíe los detalles de la entrevista con el detective. Una cosa más, pensaba llamar a Dee mañana, pero si podemos hacer que venga a la oficina esta semana, podemos pedirle que presente una solicitud formal y completar el papeleo para incluirla en la nómina. Si se da prisa, podrá ayudarte en el caso. Supongo que podría encargarse de concertar citas, revisar registros y ese tipo de cosas. ¿Crees que tendrás tiempo para formar a Dee en esas actividades?

Selena iba bastante apurada, pero confiaba en que podría con la universidad, dirigir una investigación y salir con Brendon. Cierto, últimamente pasaba muchas más noches en vela que antes, pero podía hacerlo. Si tenía que esforzarse un poco más para formar a Dee y así poder encargarle el trabajo pesado, que así fuera.

—Sí, sin problema. Debería llegar a casa pronto, le daré la noticia.

—Genial. La llamaré mañana también para darle la noticia oficial y luego podéis quedar para repasar la formación y cómo funciona todo.

—Me parece bien.

—Llámame antes de ir a la comisaría, ¿vale?

Por supuesto. Selena había recibido instrucciones de informar de cada uno de sus pasos.

—Lo haré.

Selena colgó el teléfono. Definitivamente, le gustaba la idea de endosarle el trabajo tedioso a otra persona. No creía que a Dee le importara demasiado. A Dee le encantaban los números y todo lo analítico. Probablemente sería un bienvenido descanso de sus clases de ciencias, más exigentes. Además, como Selena estaba aprendiendo, en este negocio, todo el mundo tenía que empezar desde abajo. *Y vaya si era verdad.*

6

Mientras llovía a cántaros, Selena se apresuró hacia la secretaría del colegio de primaria Sweeney Ridge. Al llegar a la puerta, se alborotó el pelo largo y ondulado, ahora húmedo. Como se había olvidado el paraguas en casa, estaba calada hasta los huesos. Se quitó el abrigo y lo sacudió antes de abrir la puerta para intentar no formar un charco dentro del colegio.

Se había emocionado mucho al recibir la llamada a primera hora del lunes por la mañana para comunicarle que la profesora de segundo de Emily estaba disponible para una entrevista. Le gustaba la idea de obtener detalles sobre Emily a través de su profesora antes de dirigirse a la comisaría esa tarde. Con una sonrisa de exasperación, se acercó al mostrador adornado con tapetitos de papel con forma de corazón, rojos y rosas. Echó un vistazo a la secretaría. Las paredes estaban decoradas con corazones de cartulina y cupidos. *Claro. San Valentín está al caer.* Detrás del mostrador, se sentaba una mujer con gafas de montura metálica y el ceño fruncido.

—¿Puedo ayudarla?

—Sí, me llamo Selena Bailey y he venido a ver a la señora Anderson. Tenemos una cita.

—Ah, sí, por supuesto. Tome asiento ahí, por favor. Voy a llamar a su aula. No tardará en subir.

Selena tomó asiento frente a la recepcionista, que era la única persona que había en la secretaría. No era de extrañar, teniendo en cuenta que eran las cuatro y media de la tarde; las clases habían terminado hacía casi dos horas. La mayoría de los profesores probablemente se habrían ido a casa, junto con la enfermera y el resto del personal administrativo.

Selena releyó sus notas sobre la señora Anderson, la profesora de segundo de Emily. Llevaba más de veinte años dando clase, pero solo conocía a Emily desde el otoño, cuando se había ido a vivir con Rick y Julie Harrington. Selena se preguntaba qué averiguaría gracias a la profesora. ¿Era Emily una buena alumna que prestaba atención en clase y sacaba buenas notas? ¿Tenía muchos amigos? La recorrió un escalofrío. Solo podía imaginar dónde estaría Emily en ese momento.

Pobre niña. Primero había perdido a su madre y se había visto obligada a mudarse a una nueva ciudad y a un nuevo colegio, y ahora estaba secuestrada, muerta o algo peor. Los monstruos más viles eran los que se llevaban a los niños y los vendían como si fueran mercancía. Era demasiado horrible como para pensar en ello. Se le revolvió el estómago al pensarlo y ahora se arrepentía del batido verde que se había tomado antes de la reunión. No le estaba sentando nada bien.

La puerta de la secretaría se abrió con un crujido y se oyeron unos pasos que se acercaban. Selena levantó la vista. La mujer menuda de piel de ébano y con el pelo recogido en un moño tirante le dedicó una cálida sonrisa.

—¿Es usted Selena Bailey?

Selena se levantó y le tendió la mano.

—Sí, ¿usted debe de ser la señora Anderson?

—Sí, soy yo. ¿Por qué no viene conmigo a mi aula y hablamos de Emily? ¿No tiene paraguas?

Selena puso una expresión avergonzada.

—No.

—Bueno, puede compartir el mío. No está lejos.

—Gracias. —Selena siguió a la señora Anderson fuera de la secretaría. La señora Anderson cogió su paraguas del suelo y lo abrió—. Vamos.

Selena se acurrucó junto a la profesora e intentó seguirle el paso. La mujer se movía con bastante rapidez para lo menuda que era. Cuando llegaron al aula, la señora Anderson mantuvo la puerta abierta mientras Selena se metía dentro a toda prisa.

Las paredes del aula estaban llenas de coloridos trabajos de los niños con una evidente temática de San Valentín, así como de calendarios y tablas de multiplicar. Selena pasó por delante de los treinta y tantos pupitres de los alumnos hasta la parte delantera de la clase, donde se encontraba el escritorio de madera maciza de la señora Anderson. La señora Anderson se sentó detrás de su escritorio e hizo un gesto a Selena para que ocupara la silla de tamaño infantil que había a su lado.

—Bueno, señorita Bailey, ¿qué puedo contarle sobre Emily? Es terrible que haya desaparecido.

—La familia me ha contratado para investigar su desaparición, ya que la policía se ha quedado sin pistas. Estamos empezando desde el principio e intentando averiguar todo lo que podamos sobre la vida de Emily. Quería hablar con usted en concreto sobre Emily y cómo se comportaba en clase, si tenía muchos amigos, cómo le iba en el colegio y su impresión general de la niña.

La señora Anderson se recostó en su silla y se cruzó de brazos.

—Esa niña. No le gustaba estarse quieta. Y no le gustaba entregar los deberes. No creo que tenga muchos amigos. Es un poco tímida. Pero, ay, cómo le gustan los pájaros.

Selena tomó notas. *Le encantan los pájaros. Pocos amigos. No hacía los deberes.*

—Entonces, si no entregaba los deberes, ¿tuvo usted una reunión de padres y profesores con su padre y su madrastra para entender por qué?

La señora Anderson suspiró.

—Intenté que vinieran, pero las únicas conversaciones que pude tener con su padre fueron por teléfono. Creo que les está costando un poco adaptarse desde que Emily vino a vivir con ellos. Cuando le

expliqué al señor Harrington que no entregaba los deberes y que estaba preocupada, me dijo que hablaría con ella.

Selena tomó más notas en su bloc. *Padre no viene al colegio a hablar con la profesora, solo por teléfono.*

—Ha dicho usted que no podía estarse quieta. ¿Puede describírmelo con más detalle?

—Bueno, si por ella fuera, se pasaría todo el día de pie junto a la ventana. No le gustaba permanecer en su asiento. —La señora Anderson señaló—. Decía que estaba observando a los pájaros. Era un poco retraída. No es de extrañar, teniendo en cuenta que acababa de perder a su madre. Pero tuve que explicarle que tenía que sentarse en clase porque esas eran las normas.

—¿Terminaba sentándose en su silla?

—Al final, sí. Pero hubo días en los que tuve que seguir con la clase mientras ella se quedaba de pie mirando por la ventana. De lo contrario, los otros niños se perderían la lección y eso no es justo para ellos.

—Supongo que eso justificó otra llamada a casa de sus padres.

—Sí. De nuevo, el señor Harrington dijo que hablaría con Emily.

—Después de que usted hablara con él, ¿mejoró la situación? ¿Se quedaba sentada?

El rostro de la señora Anderson se ensombreció.

—La verdad es que no. Creo que lo que necesitaba era un poco más de tiempo para adaptarse a vivir en un nuevo hogar con nuevos padres, un nuevo colegio y sin tener ya a su madre. Por desgracia, en más de una ocasión tuve que enviarla a la dirección porque estaba molestando a los otros alumnos.

—¿De qué forma?

—Cuando estaba sentada en su silla, le gustaba dar golpecitos con el lápiz en el pupitre o hacer otro tipo de alboroto. Tiraba los libros al suelo. Todo parecían actividades para llamar la atención. Pensé que quizá debería ver a un orientador. Volví a llamar a su casa y se lo sugerí.

Parecía que la señora Anderson se comunicaba bastante con los padres, pero leyendo entre líneas, no parecía que los padres hubieran hecho nada con respecto a los problemas de conducta de

Emily. ¿Era Emily una niña problemática? ¿Se había vuelto demasiado para ellos, especialmente con la llegada del nuevo bebé?

—¿Vio Emily a un orientador? —preguntó Selena.

—Que yo sepa, no. Por desgracia, los llamé la semana antes de que Emily desapareciera. No he vuelto a hablar con ellos desde entonces. Se me rompe el corazón por esa niña. Espero que la encuentre usted, la traiga a casa y, con suerte, consiga que reciba ayuda.

Interesante. ¿Era posible que Emily nunca hubiera estado en el salón de manicura y que Julie y Rick Harrington lo usaran como tapadera para lo que le habían hecho? ¿Quizá Emily había muerto por accidente? ¿Una caída o un empujón accidental por las escaleras? El dolor de los Harrington parecía genuino. Quizá lo era, ¿y ahora estaban arrepentidos?

—Bueno, muchas gracias por hablar conmigo hoy. Me ha sido de gran ayuda.

—No hay de qué. Por favor, dígame si tiene más preguntas. Estaré encantada de responderlas. Cualquier cosa para ayudar a traer a Emily a casa.

Selena sacó una tarjeta de visita de su bolso y se la entregó a la profesora.

—Gracias. Por favor, llámeme si se le ocurre algo que pueda ayudarnos a encontrar a Emily. —Se puso el abrigo y salió del aula prefabricada. Bajó corriendo la rampa y continuó hasta el aparcamiento, al refugio de su coche, cálido y seco.

Arrancó el motor y encendió los limpiaparabrisas. Se quedó sentada un momento y reflexionó sobre lo que acababa de averiguar. No sería extraño que unos padres perdieran el control con una niña difícil, especialmente una que se había mudado con ellos hacía solo siete meses y con el estrés añadido de un bebé. Desde luego, sería interesante saber qué tenía que decir la policía al respecto.

7

—•—

Selena estaba sentada a la mesa, frente al detective Faber, del Departamento de Policía de San Bruno. La estrecha sala de reuniones estaba cargada y olía a desinfectante. Se preguntó si sería una sala que usaban para interrogar a los sospechosos. Tras las formalidades, las presentaciones y las preguntas de rigor, Selena preguntó:

—Cuando fue al salón de manicura, ¿encontró algo fuera de lo común?

El detective Faber se encogió de hombros.

—La verdad es que no.

Selena ladeó la cabeza.

—¿Ninguna señal de que alguien viviese allí o de que, tal vez, estuvieran retenidos contra su voluntad?

El detective se rascó la coronilla, calva y reluciente.

—No, no encontramos ninguna prueba de eso. No es que no sea algo que pudiera estar pasando allí, pero no hallamos pruebas. No había dependencias para vivir y ninguna de las mujeres dijo que estuviera allí en contra de su voluntad. ¿Por qué lo pregunta?

Selena tenía instrucciones de no contarle a la policía lo que había encontrado en el salón de manicura, sobre todo porque acababa de

estar allí. Una redada poco después de que la hubieran visto podría llevar a los dueños del salón a relacionarla con Selena. Martina le había advertido de que aún era demasiado peligroso denunciarlos.

Selena esbozó una sonrisa forzada.

—Nada en particular, aparte de la fama que tienen estos salones de manicura de ser lugares de trata de personas. Esos y, por supuesto, los salones de masaje. Es bastante descorazonador que este tipo de cosas ocurran en la bahía de San Francisco, ¿no le parece?

El detective Faber asintió.

—Sí, lo es. Tenemos un grupo de trabajo asignado para buscar indicios y desmantelar estas redes de trata que, por alguna razón, creen que la bahía de San Francisco es un lugar estupendo para este tipo de actividad. Por desgracia, la única razón por la que están aquí es porque hay demanda. Sobre todo para los salones de masaje.

Sí, sobre todo los salones de masaje. Después de que Dee le explicara el tema de la trata en la bahía de San Francisco, Selena buscó más información en internet. Lo que encontró no eran buenas noticias y no hacía más que corroborar lo que Dee le había explicado. Estaba ocurriendo en todas partes y no solo con mujeres vendidas para el comercio sexual. Hombres, mujeres y niños estaban siendo forzados a una esclavitud moderna y utilizados en obras, restaurantes, residencias de ancianos, salones de manicura, campos de cultivo, servicios de acompañantes, paradas de camiones y hoteles por toda la bahía de San Francisco y en todo Estados Unidos. Un artículo afirmaba que la trata era el nuevo crack. *¿Cómo era posible que esto no fuera noticia de portada a todas horas, todos los días?*

Selena suspiró.

—¿Y no encontraron ningún rastro de Emily en el salón de manicura ni en sus alrededores? ¿Revisaron las cámaras de tráfico para ver si se avistaba a Emily en el salón o cerca de él?

—Aunque tuviéramos personal para revisar todas las grabaciones de las cámaras de tráfico de la zona, no hay ninguna lo bastante cerca del salón de manicura como para demostrar que estuvo allí.

Selena tomó nota de la falta de cámaras cerca del salón de manicura. ¿Sería a propósito?

—¿Por qué desviaron la investigación hacia la familia?

—No puedo hablar de ninguna prueba, sobre todo porque ha sido contratada por la familia, pero lo que sí puedo decirle es que tienen el trío perfecto: motivo, medios y oportunidad. El salón de manicura, por otro lado, no tiene pruebas de que ella estuviera allí, y mucho menos un motivo para llevársela. A menos, claro, que, como usted dice, se dediquen a la trata sexual y se les dé bien encubrirlo.

—En la búsqueda realizada por el departamento de policía y la comunidad, ¿no hubo ninguna señal de ella, ni viva ni muerta?

El detective negó con la cabeza.

—Fue como si se hubiera desvanecido sin dejar rastro.

—¿No le pareció extraño que las trabajadoras dijeran que no habían visto a Emily ese día? —preguntó Selena.

—Si estuvo allí, es muy extraño. Pero si nunca estuvo allí, no es extraño en absoluto.

Exacto. No había sacado mucho en claro de la entrevista con el detective, aparte de que no había ninguna prueba que apuntara en ninguna dirección sobre lo que le había pasado a Emily. ¿Cómo desaparece una persona sin dejar una sola pista?

Selena dio las gracias al detective y salió de la comisaría. Había dejado de llover. *Gracias a Dios*. Caminó hasta su coche y se deslizó en el asiento del conductor. Levantó la llave y casi la había metido en el contacto cuando se detuvo. Ya estaba en San Bruno. No podía hacer ningún daño pasar con el coche por delante del salón de manicura, ¿verdad?

Cogió una gorra de béisbol del asiento trasero y se la caló. Se puso las gafas de sol y arrancó el motor. Estaba un poco oscuro, pero podría apañárselas.

Diez minutos después, se acercó al centro comercial donde se encontraba el salón de manicura. Otro aparcamiento abarrotado. Entró en el aparcamiento y serpenteó hasta la parte trasera del edificio, a una carretera normalmente destinada a los repartos y a los empleados de las tiendas del centro comercial. Condujo despacio

y se detuvo en la entrada trasera del salón de manicura. Había una única puerta blanca, cerrada a cal y canto.

Recorrió con la mirada la pared trasera y los alrededores. No parecía haber ningún tipo de cámaras o vigilancia, ni luces, ya puestos. Era, en esencia, un callejón oscuro. Colocar cámaras sin ser detectada sería complicado. No podía simplemente enchufar un cargador en una toma de corriente exterior. Parecería bastante fuera de lugar. Si los dueños del salón de manicura estaban metidos en actividades ilegales, era probable que lo encontraran de inmediato.

Miró a su derecha y estudió la valla de dos metros y medio que bordeaba el callejón. Dio la vuelta con el coche y salió del aparcamiento por la izquierda. Necesitaba averiguar qué había detrás de esa valla.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. *Viviendas*. La valla daba a los patios traseros de la gente. Casas significaba enchufes, pero también significaba entrar sin permiso en la propiedad privada de alguien. Dudaba que Martina lo aprobara, pero si conseguía vigilar la puerta trasera, podrían averiguar mucho. ¿Quizás los vecinos cooperarían y le dejarían colocar cámaras, o al menos la dejarían entrar en su patio? Se inventaría una historia diciendo que había perdido a su perro o a su gato o... tendría que pensarlo más. Era arriesgado. Quizá demasiado arriesgado, pero tenía que haber una forma de vigilar la puerta trasera que no pusiera en peligro a Emily ni a su propia seguridad.

8

—•—

Ala noche siguiente, Selena levantó el pie del acelerador al girar por la calle que había pasado el centro comercial. Ataviada con su ropa más discreta, de negro de pies a cabeza, incluido su gorro de punto favorito, estaba lista para vigilar el salón de uñas. Solo eran las siete de la tarde, pero fuera estaba bastante oscuro y solo una luna creciente iluminaba el cielo.

No podía creer el tiempo que había tardado la empresa en completar la investigación de antecedentes del propietario de Pretty Nails, Benjie Ocampo, que había inmigrado a Estados Unidos desde Filipinas hacía tres años. Por lo visto, los días de más habían sido necesarios para obtener fotos de pasaporte y un breve historial de su vida en Filipinas. Las fotos confirmaron que el hombre de la recepción, a quien Selena y Dee habían conocido, era el dueño. Aunque no tenía antecedentes penales en Estados Unidos, su historial en Filipinas lo señalaba como un expolicía presuntamente corrupto.

Selena casi se había vuelto loca esperando a volver al caso y vigilar el salón de uñas. Aun así, había tenido que suplicarle y rogarle a Martina que se lo permitiera. Se había defendido explicando que en el salón de uñas había llevado ropa de calle

normal de colores vivos, iba muy maquillada y llevaba el pelo suelto. Era un marcado contraste con el aspecto totalmente negro, sin maquillaje y con el pelo cubierto que llevaba ahora. Podría ser cualquier chica.

Martina cedió, pero no sin exigirle que se reportara cada treinta minutos. Le había dicho que, si no recibía un mensaje cada media hora, enviaría a alguien a ver cómo estaba. Se preguntó en qué momento Martina le permitiría hacer su trabajo con menos supervisión. ¿Sería simplemente porque era su primer caso o porque era su hijastra y se preocupaba por ella? ¿O quizá era el padre de Selena quien presionaba a Martina para asegurarse de que su hija no corriera peligro? ¿Significaba eso que Martina siempre estaría haciéndole de niñera mientras trabajaba? *Espero que no.*

Aparcó el coche a dos manzanas del centro comercial, en una zona residencial. Con la porra bien ajustada en el bolsillo de sus pantalones de yoga, estaba lista para la acción. Estaba a punto de abrir la puerta cuando su móvil vibró en el bolsillo. ¿Quién podía ser? Lo sacó y vio que llamaba Brendon. *Mierda*.

—Hola.

—Hola. Solo llamaba para saludarte. Te he echado de menos antes.

Sí, había tenido que cancelar su cita con Brendon para poder hacer la vigilancia esa noche. No le había dicho exactamente lo que estaba haciendo, solo que tenía que trabajar. Supuso que podría haber sido sincera con él —eso habría evitado que la llamara mientras estaba de vigilancia—, pero después de su reacción el sábado anterior por la noche, empezó a pensar que cuanto menos supiera, mejor.

—Ahora mismo no puedo hablar. ¿Te llamo luego?

—¿Estás en la oficina?

Cerró los párpados y exhaló.

—No, estoy de vigilancia.

Hubo un silencio prolongado por parte de Brendon.

—¿Brendon?

Habló lentamente.

—Ten cuidado. Selena, no sé qué haría si te perdiera.

—Siempre tengo cuidado y sé apañármelas sola. — ¿Por qué se preocupaba todo el mundo tanto por ella? Sabía cuidarse sola.

—Ya sé que sí. Pero no puedo evitar preocuparme. Te quiero.

Se relajó en el asiento del conductor.

—Yo también te quiero. Te prometo que tendré cuidado. Te llamo luego. Tengo que irme.

—Vale, llámame en cuanto llegues a casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, adiós. — Colgó sin escucharle decir adiós. Genial, ahora tenía que reportarse a Martina *y* a Brendon. Había pasado por cosas mucho peores que una aburrida vigilancia, y eso antes de saber defensa personal. Ahora podía enfrentarse a un tío que le doblaba el tamaño. No solo tenía la habilidad, sino también el factor sorpresa. Nunca se lo esperarían.

Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo, tiró de la manilla de la puerta del conductor y salió. Paseó por la calle oscura observando el barrio. Era de clase media, con coches de gama media en las entradas de las casas y a lo largo de la acera. La mayoría de los jardines estaban bien cuidados, salvo por unas pocas casas a las que no les vendría mal una mano de pintura, pero, en general, era un barrio agradable y tranquilo. Cruzó la carretera y llegó a la calle donde las casas daban al centro comercial.

Cuando Martina había aprobado la vigilancia, no había aprobado ni las cámaras ni que Selena se colara en el jardín de alguien para plantarlas. Sin embargo, Martina no había dicho explícitamente que no pudiera hacerlo, y Selena no había dicho que no fuera a colocar cámaras. Sin mentiras. *Genial*.

Antes de allanar el jardín de alguien, continuó por la calle hasta la valla que bordeaba el oscuro callejón tras el salón de uñas y las casas. Se asomó y miró el callejón. La puerta trasera de Pretty Nails estaba cerrada.

Junto a la valla, observó si había alguna actividad durante cinco minutos antes de volver a la calle llena de casas. Estaba deseando volver al calor de su coche para vigilar el establecimiento en lugar de estar allí, a la intemperie. No le gustaba estar tan expuesta y hacía un frío que pelaba. Por no mencionar que se suponía que debía

vigilar solo desde el coche. No le *gustaba* saltarse el protocolo, pero en este caso era necesario.

Giró a la izquierda por la calle residencial y se apresuró hacia la tercera casa a la izquierda, el jardín trasero al que necesitaba acceder para colocar las cámaras. Estudió la fachada de la casa. Una valla a la izquierda, probablemente con una puerta que daba al patio trasero. Miró por encima del hombro y no vio a nadie en la calle. Caminó de puntillas junto a la casa, mirando de izquierda a derecha. Llegó a la puerta. Extendió el brazo por encima y desenganchó el pestillo.

En cuanto empujó la puerta para abrirla, la cegó una luz brillante y el ladrido de un perro. *Maldita sea.* Luces con sensor de movimiento y un perro. Con el corazón desbocado, retrocedió y cerró la puerta lo más silenciosamente que pudo antes de volver corriendo a su coche. *Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea.*

Ya a salvo en su coche, puso las manos en el volante e hizo algunas respiraciones profundas para calmar su ritmo cardíaco. *Definitivamente, las cámaras eran demasiado arriesgadas*. Arrancó el motor, apagó los faros, hizo un cambio de sentido y aparcó junto a la valla.

Su campo de visión le permitía ver la puerta trasera del salón de uñas. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se acomodó para lo que podrían ser unas horas muy aburridas. Le envió un mensaje a Martina para informarle de que estaba en posición. Martina respondió con un emoji de un pulgar hacia arriba.

Mientras esperaba y observaba cómo, básicamente, no ocurría nada, intentó atar cabos. Se le ocurrieron un par de hipótesis diferentes. Obviamente, una era que los padres fingieron que habían llevado a Emily a un salón de uñas. Quizá Julie Harrington había estado allí antes y había sospechado que estaba implicado en la trata de personas, lo que lo convertía en una tapadera perfecta para ocultar que ella y Rick habían matado a Emily, ya fuera a propósito o por accidente. Malas noticias para Emily. Pero si ese fuera el caso, ¿por qué habrían contratado los Harrington a Drakos Monroe? ¿Para ver si podían descubrirles?

O una segunda hipótesis: el salón de uñas era una tapadera para una red de trata de personas, de lo que Selena estaba cada vez más convencida, y Emily había sido un encargo especial. La habían capturado y vendido al mejor postor. Por desgracia, si ese fuera el caso, Emily podría estar perdida para siempre.

¿O quizás ninguna de las anteriores? Alguien de la calle podría haber entrado en el salón de uñas y haberse llevado a Emily. Pero entonces, ¿por qué dirían en el salón que nunca había estado allí?

¿O vendieron los Harrington a Emily a los traficantes? No sería la primera vez que unos padres vendían a sus hijos como esclavos o para el comercio sexual. Pero eso no terminaba de encajar. Los Harrington no parecían desalmados. Casi podía imaginarse una muerte accidental y que luego lo hubieran encubierto con esta historia sobre el salón de uñas, pero no que la hubieran vendido.

O alguien podría tener a Emily secuestrada para pedir un rescate y simplemente no había pedido el dinero aún. Pero, de nuevo, ¿por qué inventarse la historia del salón de uñas si ese fuera el caso? A menos que los secuestradores se lo hubieran ordenado a los Harrington. Sin apenas pruebas, ninguna de las hipótesis podía explicar la desaparición de Emily, de siete años. *Frustrante*.

La preocupación por la niña invadía casi todos sus pensamientos. No estaba segura de cómo reaccionaría si no la encontraban o no la encontraban con vida. De hecho, la última semana apenas había prestado atención a sus clases. Le parecían insignificantes en comparación con intentar encontrar a Emily.

Selena se preguntó cómo reaccionarían sus padres si decidiera dejar los estudios para dedicarse a la investigación privada a tiempo completo. Nunca habían hablado de esa posibilidad, pero ¿quizá les parecería bien? Ni Martina ni el padre de Selena, Charlie, habían ido a la universidad. Sin embargo, Martina era exmilitar. Entre sus habilidades y sus contactos en los departamentos de policía, quizá no había necesitado una educación formal adicional.

¿Era mejor que Selena empleara su tiempo en hacer algo de verdad, como encontrar a personas desaparecidas, o en escribir ensayos sobre la teoría del crimen?

Selena cogió el móvil y le envió otro mensaje de control a Martina. Mientras volvía a dejar el teléfono, vio un movimiento fugaz por el rabillo del ojo. Miró fijamente a la figura que salía por la puerta trasera del salón de uñas. Otra persona sujetaba la puerta. Solo podía ver el brazo, pero por el tamaño y el pelo oscuro, probablemente era otro hombre. ¿Ocampo? La figura era alta, de mediana edad, vestía un traje con la corbata aflojada y se dirigía a un Mercedes plateado aparcado junto a la valla, justo detrás de la puerta del salón de uñas. Pulsó el mando a distancia y abrió la puerta del coche.

Selena anotó rápidamente la matrícula en su móvil. Al llevar traje, era poco probable que fuera un empleado. Las luces del vehículo se encendieron e iluminaron de rojo el pavimento. Probablemente un cliente, un tipo que justificaba su tiempo con la pobre mujer traficada como una necesidad natural de los hombres. O que de alguna manera las estaban ayudando. *Idiota.* Selena le envió a Martina un mensaje con la matrícula y una breve descripción de lo que había presenciado.

Selena continuó hasta las once de la noche. En ese tiempo, vio a diecinueve hombres diferentes, de todas las tallas y razas, entrar y salir por la puerta trasera. *Es imposible que esto no sea un burdel clandestino.* Le hervía la sangre. La idea de esas pobres mujeres siendo mancilladas por esos capullos. Quería salir corriendo y gritarles: «*¿Es que no os da vergüenza?*».

Quería llamar a la policía y que lo cerraran, pero entonces quizá nunca encontrarían a Emily. No es que ver a hombres saliendo de un salón de uñas a todas horas de la noche demostrara de forma concluyente que era trata de personas, pero entre los colchones, y el hombre y la joven en la trastienda, estaba bastante claro lo que estaba pasando. Pero todavía no tenían ninguna conexión con Emily.

Antes de dar por terminada la noche, Selena condujo hasta el aparcamiento y se detuvo unas filas más atrás del salón de uñas, vigilando las plazas de aparcamiento situadas justo enfrente de Pretty Nails. Por suerte o por casualidad, vio a Ocampo subiéndose a un vehículo. ¿A dónde iba? ¿A casa? ¿O tenía más asuntos que

atender? ¿O era solo un pez pequeño en un estanque mucho más grande de depredadores asquerosos?

Ya le había enviado un mensaje a Martina diciéndole que se iba a casa. Sería demasiado arriesgado seguirlo ahora, ¿no? Sí, lo sería. Necesitaba que Martina confiara en ella, así que no podía desviarse demasiado del plan aprobado. Ya había metido la pata al colocar las cámaras. Si la hubieran pillado, quién sabe cómo habría reaccionado Martina. Por no hablar de si el dueño de la casa hubiera llamado a la policía. Podría haber echado a perder toda la investigación y nunca encontrarían a Emily. Sería culpa suya. No podía permitirlo.

Selena observó cómo Ocampo se alejaba en su Toyota Camry blanco. *Puede que no te pille esta noche, gilipollas, pero algún día lo haré. Un día de estos.*

9

—•—

Selena aparcó el coche delante de la casa de los Harrington. A juzgar por la vigilancia de la noche anterior y la investigación de antecedentes que habían hecho de Rick y Julie, era hora de poner al día a la pareja. No es que les hubieran dicho a los Harrington que la agencia los estaba investigando o siguiendo sus movimientos, pero era importante para atar todos los cabos. No habían encontrado nada fuera de lugar en el comportamiento ni en las finanzas de los Harrington. Era probable que no estuvieran implicados en la desaparición de Emily. Lo cual era una buena noticia, teniendo en cuenta que eran sus clientes.

Selena apagó el motor y se volvió hacia Martina.

—¿Vamos?

—Vamos.

Selena y Martina salieron del coche y subieron por el camino de entrada. Selena dio un par de golpes rápidos en la puerta. Pasaron unos instantes antes de que la puerta se abriera con un crujido. Rick Harrington estaba al otro lado, sin mejor aspecto que la última vez que se habían visto. Llevaba la camisa arrugada y los pantalones llenos de pliegues. Tenía ojeras y su piel aceitunada un tono grisáceo.

—Selena, Martina, por favor, pasen.

Atravesaron la entrada de la casa y pasaron al salón, donde los dos sofás estaban uno frente al otro y había una chimenea en la pared del fondo. Julie estaba sentada en el más grande de los dos sofás, con el bebé dormido en brazos. Ella tampoco tenía mucho mejor aspecto.

Mientras se acercaban, Rick preguntó en voz baja:

—¿Les ofrezco algo de beber?

Martina y Selena lo rechazaron.

—De acuerdo. Por favor, tomen asiento —dijo Rick.

Selena se sentó con las manos en el regazo.

—Como le mencioné por teléfono, estamos aquí para ponerle al día sobre el caso.

Antes de que pudiera terminar, Rick la interrumpió.

—¿Han recibido alguna información nueva?

A Selena le entristeció su evidente desesperación por encontrar a su hija.

—Todavía no. Pero lo que sí tenemos es algo más de información sobre el salón de manicura del que se llevaron a Emily.

—¿Usted me cree que se la llevaron ellos? —preguntó Julie con ojos suplicantes.

—Por supuesto. Lo que hemos descubierto es que parece haber actividades ilegales en el salón de manicura. Estamos bastante seguras de que es una tapadera para una red de trata de personas. Mi teoría es que las mujeres que trabajan allí haciendo las uñas han sido traídas de Filipinas mediante trata, pero, además de obligarlas a trabajar en el salón de manicura, también creemos que las obligan a prostituirse. Hemos sido testigos de cómo entraban y salían hombres del salón a altas horas de la noche. Estamos bastante seguras de que eso es lo que está pasando allí.

Rick y Julie se miraron el uno al otro, como si estuvieran conmocionados por la noticia.

—¿Qué tiene que ver eso con… Emily? —A Rick Harrington se le empezó a quebrar la voz y luego habló más despacio, como si empezara a comprender por qué los traficantes habrían querido llevarse a Emily.

—Todavía tenemos que seguir algunas pistas para establecer una conexión entre la gente del salón de manicura y Emily.

Rick negó con la cabeza.

—Entonces, ¿en realidad no estamos más cerca de encontrar a Emily?

A Selena se le encogió el corazón. Estaba claramente decepcionado por la noticia. Antes de que pudiera protestar, Martina habló:

—Tenemos algunas pistas que investigaremos más a fondo. De hecho, creemos que esto puede ser un paso en la dirección correcta. Solo necesitará un poco más de tiempo.

—¡No tenemos tiempo! —exclamó Rick—. ¡Emily no tiene tiempo!

Selena percibió que los nervios de los padres estaban a flor de piel. No estaba segura de cuáles eran sus expectativas sobre la rapidez con la que encontrarían a Emily, pero estaban trabajando lo más rápido que podían. Ahora se arrepentía de no haber seguido a Ocampo la noche anterior. ¿Y si tenía a Emily escondida en alguna parte?

Selena miró a Rick directamente a los ojos.

—Le prometo que haremos todo lo que podamos para traer a Emily a casa lo antes posible.

Rick se cubrió la cara con las manos, mientras su mujer se giraba hacia un lado con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Su miedo y su angustia eran palpables.

Tras unos instantes, el hombre levantó la cabeza y bajó las manos hasta su regazo.

—Lo siento. Sé que están trabajando tan duro como pueden. Gracias. Es que ha sido muy difícil.

A Selena se le ocurrió una idea.

—No pasa nada. Pero, uh, señor Harrington, ¿le importaría que le echara un vistazo a la habitación de Emily una vez más? —Selena intentó sonar lo más dulce posible.

Quizá había algo especial en Emily que llamó la atención del secuestrador y que podría ayudarles a averiguar por qué se la llevaron o proporcionarles una pista para encontrarla.

Rick y Julie intercambiaron una mirada.

Selena los observó a ambos. ¿Por qué les preocuparía que viera la habitación de Emily?

—¿Les importa si subimos sin más? La primera habitación a la izquierda, ¿correcto? —preguntó Selena.

Julie Harrington se levantó de un salto del asiento, todavía con el bebé dormido en brazos.

—Yo iré con ustedes.

Había algo extraño en su comportamiento. Ahora Selena *de verdad* quería ver el cuarto de Emily.

—Julie, ¿quieres que coja a Gemma? —preguntó Rick.

Julie estrechó su abrazo sobre la niña.

—No, está bien. —Algo en el comportamiento de Julie no encajaba. Era como si estuviera ocultando algo.

Los cuatro subieron las escaleras y llegaron a la habitación de Emily. Julie se hizo a un lado y permitió que Selena y Martina entraran. Selena observó la habitación y se abstuvo de mostrar ninguna expresión de conmoción o sorpresa en su rostro. Todas las pertenencias de Emily estaban ahora en cajas, a excepción de su cama, una cómoda con una lámpara, una estantería vacía y la decoración de las paredes. ¿Por qué habrían empaquetado las cosas de Emily? La niña llevaba tres semanas y media desaparecida. ¿Acaso no pensaban que iba a volver?

Selena miró a Martina.

Martina le lanzó una mirada cómplice, como diciendo *«esto no es normal»*. Martina se encaró a Julie.

—Parece que ha recogido un poco desde que estuvimos aquí la semana pasada.

—Sí, decidí limpiar y meter en cajas las cosas que la policía había desparramado. Estaba todo hecho un desastre.

Selena pensó que era un comportamiento extraño. No es que entendiera lo que sería que te desapareciera un hijo, pero habría esperado que hubieran vuelto a colocar las cosas de Emily como estaban, para que su habitación estuviera limpia y ordenada para cuando volviera. Eso si creían que iba a volver a casa. ¿Acaso pensaban que Emily no iba a regresar?

Selena volvió a examinar el armario y luego la estantería y la cómoda. Nada destacaba como para explicar por qué alguien se la habría llevado.

—¿Ha visto todo lo que necesitaba ver? —preguntó Julie.

—Sí, gracias —dijo Selena.

Hacía treinta minutos, cuando habían llegado a la puerta de la casa, Selena estaba segura de que los Harrington no tenían nada que ver con la desaparición de su hija, pero ahora, algo no cuadraba. Y Selena iba a averiguar exactamente qué era.

Tras despedirse, Martina y Selena volvieron en coche a la oficina.

—¿Qué te parece lo de que hayan empaquetado sus cosas? Eso no puede ser normal —preguntó Selena.

—No, no creo que lo sea. No creo que signifique que sean culpables, pero es extraño.

—Extraño, ¿como si esperaran que no volviera?

—No lo sé. Nunca he estado en esa situación. Solo puedo imaginar por lo que están pasando. Pero sí parece raro.

Selena se preguntó si era el momento de sugerir poner cámaras en el salón de manicura y quizá incluso en casa de los Harrington. No creía que pudiera salirse con la suya si lo hacía sola. Habló con la mayor naturalidad posible.

—¿Crees que sería buena idea poner cámaras en el salón de manicura o incluso en la casa de los Harrington? —Selena observó a Martina por el rabillo del ojo.

Los labios de Martina se separaron como si fuera a hablar, pero se detuvo. Pasaron unos instantes antes de que Martina hablara.

—Esto es harina de otro costal, Selena. Poner cámaras en una fraternidad es una cosa, pero estos son traficantes. Si la fastidias, podrías desaparecer sin dejar rastro. Prométeme ahora mismo que no irás por tu cuenta a intentar poner cámaras. —Martina le lanzó a Selena una mirada severa.

Selena tragó saliva.

—No lo haré. Pero ¿tienes gente que quizá podría?

—Es demasiado arriesgado en este momento. No hay muchos sitios donde esconderlas y el salón de manicura probablemente está

en alerta máxima desde que la policía los registró después de que se llevaran a Emily y ahora que te han visto en la trastienda.

Selena dio gracias a su buena estrella por no haber sido pillada con aquellas cámaras la noche anterior. Ya había visto a Martina seria antes, pero la mirada que le dedicaba ahora… Selena, desde luego, no iba a poner cámaras en *mucho* tiempo.

El ambiente estaba cargado de tensión. No hablaron durante varios minutos. Era casi como si Martina supiera que eso era exactamente lo que había intentado hacer.

—¿Dee está ya completamente formada? —preguntó Martina.

Selena soltó el aire que había estado conteniendo.

—Le enseñé lo básico ayer antes de ir a la vigilancia. Aprende bastante rápido. —Dee era inteligente y no era un trabajo difícil. Lo más complicado era no quedarse dormida mientras lo hacías.

—Excelente. Quizá para la vigilancia de esta noche puedas llevártela. Me sentiría más tranquila si fuerais dos en lugar de una. Pero asegúrate de que vaya disfrazada, obviamente. No hace falta que te lo diga.

No, no hace falta que me lo digas.

—Hablaré con ella y se lo pediré.

—Genial.

El caso contra los traficantes era sólido, pero la conexión con Emily no. Selena tenía que cambiar eso, y rápido.

10

—•—

Selena ocupó su puesto junto a la valla, detrás del salón de manicura. Se sentó en el asiento del conductor mientras Dee iba de copiloto. Aquella noche no era diferente de la anterior. Un goteo constante de clientes saliendo por la puerta trasera y marchándose en sus coches de lujo. Al menos esta vez tenía a Dee para hacerle compañía, apuntar las matrículas y sacar fotos. Le gustaba tener una ayudante. Le gustaba estar al mando. Y le gustaba la compañía.

—¿Esto es ser detective privado? —preguntó Dee—. ¿Sentarse en el coche y vigilar a la gente toda la noche?

—Es un poco más que eso, pero hay que esperar mucho. Te lo diré de esta manera: ahora entiendo por qué, cuando empecé, Martina me explicó que la paciencia era un atributo fundamental para ser detective privado. Y normalmente no hay nadie aquí conmigo, así que gracias por venir.

—De nada. Es bastante interesante, pero también desolador, que tanta gente de la zona venga a este salón de manicura a abusar de estas mujeres.

—Sí, es bastante asqueroso. Es como si estos hombres no tuvieran ningún respeto por sus semejantes.

Dee asintió.

—Sí, hay muchos hombres por ahí que no respetan a las mujeres.

Selena hizo una pausa antes de hacerle a Dee la siguiente pregunta que le rondaba por la cabeza. Llevaba tiempo queriendo abordar el tema, pero no estaba segura de si Dee estaría preparada para hablar de ello. Había pasado más de un año desde la agresión que sufrió Dee y no había salido con nadie ni había mencionado el nombre de ningún hombre en referencia a un interés romántico.

—¿Tú, eh, sigues sin querer salir con nadie?

Dee negó con la cabeza.

—No, en absoluto. No estoy preparada para tener citas. Quizá no lo esté nunca.

Era triste, pero lo entendía. Cada uno sanaba a su propio ritmo.

—¿Echas de menos tener citas?

—La verdad es que no. No salí con muchos chicos en el instituto y, para ser sincera, me mantengo bastante ocupada, así que nunca siento eso de «ojalá estuviera saliendo con algún chico». Entre las clases, el voluntariado en el centro y ahora que trabajo contigo, tengo el tiempo bastante completo.

—¿Te gusta trabajar en el centro?

Dee se encogió de hombros.

—Sí. Ojalá pudiera hacer más. Últimamente, he estado pensando que quizá acabe haciéndome psiquiatra para ayudar a las víctimas a nivel mental y no solo a nivel físico.

—Vaya. Eso sería increíble. Pero es mucho trabajo, ¿no?

Dee se rio entre dientes.

—Es mucho trabajo. Quiero decir, entre las clases teóricas y las prácticas, siento que trabajo el doble que los que no estudian una carrera de ciencias. Pero ese es el camino que he tomado. No está tan mal. Al final merecerá la pena.

—Eso es genial. Creo que cualquier cosa que decidas hacer y que te encante no puede estar mal.

—Sí, me siento bastante bien al respecto. Y hablando de chicos… ¿qué tal las cosas entre Brendon y tú? Parece un novio buenísimo.

Lo era. Se preguntó qué tan buena novia había sido ella últimamente.

—Sí, aunque es gracioso. Tiene muchas ganas de celebrar San Valentín. O sea, es una tontería, ¿no? Es una fiesta inventada.

—No, es muy tierno y él es un romántico. Eso ya lo sabes. Es muy sensible. Y está loco por ti. Oye, si quiere llevarte a cenar por San Valentín y regalarte una caja de bombones, ¿por qué te opones? Si no quieres los dulces, yo te los quito de las manos. —Dee le guiñó un ojo.

—Supongo que tienes razón. —Y quería mucho a Brendon. Se sentía culpable por haber cancelado sus dos últimas citas porque estaba trabajando en el caso. Él parecía entenderlo, pero la gente solo es comprensiva hasta cierto punto.

Dee señaló un vehículo que entraba en el aparcamiento.

—Aquí viene otro.

Selena se quedó boquiabierta y el pulso se le aceleró cuando el coche se detuvo.

—Oye, es una mujer. Es la primera, ¿no? —dijo Dee.

Madre mía. No era una mujer cualquiera.

—Es Julie Harrington.

—¿La madre de Emily?

Selena puntualizó con tono suspicaz:

—La *madrastra* de Emily. —¿Qué hacía Julie en el salón de manicura? Selena se agachó mientras Dee sacaba fotos. Julie no salió del vehículo y, por lo que parecía, estaba sola en el coche.

Ocampo salió por la puerta trasera un minuto más tarde y se acercó a la puerta del conductor. Intercambiaron unas palabras antes de que Ocampo volviera al salón de manicura y Julie se marchara a toda prisa. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Le habían pagado a Julie por permitir que se llevaran a Emily? ¿Estaban asociadas de alguna manera? ¿Formaba Julie Harrington parte de la red de trata de personas?

11

—•—

Selena abrió los ojos de par en par para obligarse a mantenerlos abiertos. Era más de medianoche y había tomado demasiada cafeína, cuyo efecto parecía haberse desvanecido hacía horas. Sacudió la cabeza para espabilarse. No iba a perder la oportunidad de seguir a Ocampo, el presunto cabecilla de la red de tráfico, cuando saliera del salón de manicura por la noche.

Después de que Dee y ella vieran a Julie Harrington reunirse con Ocampo en Pretty Nails, Selena había querido ir corriendo a casa de los Harrington y exigirles que le dijeran qué estaba pasando. Martina la había hecho entrar en razón prometiéndole que volverían a vigilar a los Harrington y explicándole que enfrentarse a Julie no significaba que fueran a encontrar a Emily, e incluso podría ponerla en mayor peligro.

Si Julie había vendido a Emily o la había entregado voluntariamente, ir a por ella podría alertar a los traficantes y quizá nunca la rescatarían, suponiendo que siguiera viva. Selena intentó reprimir la ira y la rabia hacia aquella mujer. El hecho de que Julie hubiera estado sola hacía creer a Selena que Rick no estaba implicado, pero quién sabe, a lo mejor los dos eran unos

depravados. ¿Quizá iban a criar al nuevo bebé para venderlo también? ¿A lo mejor era su propio y retorcido negocio?

—¿Estás bien? —preguntó Dee.

Selena miró por la ventanilla hacia la entrada del salón. —Sí, aguantaré. Pronto cerrarán. En cuanto lo hagan, nos ponemos en marcha. —Se giró hacia Dee—. ¿Seguro que no te importa? Podría ser peligroso si nos pillan.

Dee se ajustó la gorra de béisbol negra. —Estaré bien. Llevo mi espray de pimienta y sé defenderme. Y como no vamos a salir del coche, el riesgo es bastante bajo, ¿no?

Selena agradecía que Dee hubiera seguido su consejo y aprendido defensa personal básica. Selena pensaba que era algo que toda mujer debería saber, porque nunca se sabe cuándo vas a encontrarte cara a cara con uno de esos monstruos, sobre todo porque solían tener el mismo aspecto que cualquier otra persona.

Selena observó la puerta principal del salón de manicura y le dio una palmada en el brazo a Dee. —Ahí está. Justo ahí. —Selena esperó a que el hombre se subiera a su berlina de cuatro puertas y, con suerte, los llevara a donde retenía a Emily, suponiendo que todavía estuviera con ellos. Era lo que se podría llamar un acto de fe. Esperaba que Emily siguiera con él en la zona de la bahía, porque si no, la probabilidad de encontrarla disminuía drásticamente.

Martina le había advertido a Selena que no sacara conclusiones sin tener todas las pruebas, pero la intuición de Selena le decía que Ocampo la llevaría hasta Emily. Todavía no estaba muy segura de cómo estaban implicados los Harrington. Se había autoconvencido de que no lo estaban, hasta el momento en que vio a Julie Harrington reunirse con Ocampo la noche anterior.

Mientras Ocampo salía marcha atrás de la plaza de aparcamiento y abandonaba el aparcamiento del centro comercial, Selena encendió los faros y lo siguió a unos tres coches de distancia. Tanto ella como Dee guardaron silencio mientras lo seguían. Nunca antes había perseguido a un sospechoso. Era emocionante. Se sentía como si se hubiera bebido de un trago un Frappuccino bien cargado de azúcar con diez dosis extra de expreso. Estaba a mil.

El objetivo de la misión era conseguir una dirección y sacar algunas fotos, si las llevaba a algún lugar que no fuera su casa. Uno de los otros equipos había estado vigilando su casa en San Bruno desde el día en que consiguieron su dirección. Según los informes de vigilancia, Benjie Ocampo, marido y padre de dos hijos, no mezclaba los negocios con su vida familiar. Desde fuera, era como cualquier otro hombre que vivía el sueño americano. Pero cuando Selena y el equipo de vigilancia de la casa compararon notas, se dieron cuenta de que Ocampo no iba directamente a casa después de cerrar el salón de manicura. Por lo tanto, cualquier lugar que no fuera su domicilio podría ser donde llevaba a cabo sus negocios clandestinos. Su paradero después del trabajo podría ser la clave para resolver el caso.

Martina había sido estricta con los objetivos de la operación de vigilancia de esa noche, insistiendo en que cualquier cosa que no fuera sacar fotos desde la seguridad del vehículo era demasiado peligroso. Selena había insistido en que sabía cuidarse sola y que, como Dee estaba entrenada, no habría problema.

Consiguieron mantenerse cerca de Ocampo durante los siguientes quince minutos mientras conducían por la autovía en dirección sur, hacia la ciudad de Burlingame. Ocampo tomó la primera salida hacia Burlingame sin poner el intermitente. Selena tuvo que cruzar dos carriles para no perderlo y salir de la autovía.

En las calles de dos carriles de la ciudad, Selena se dio cuenta de que una cosa era seguir a alguien en una gran autovía, y otra muy distinta en las calles secundarias. Con una iluminación pública limitada y carreteras estrechas, a casi la una de la madrugada, pasar desapercibida sería más difícil de lo que había previsto.

A pesar de la falta de cobertura, Ocampo no pareció darse cuenta ni molestarse por el vehículo que lo seguía. O el tipo era un chulo y no creía que nadie le siguiera la pista, o simplemente no estaba prestando atención.

Selena redujo la velocidad cuando él giró a la derecha en una calle residencial flanqueada por árboles maduros y casas antiguas, apenas lo suficientemente ancha para que un coche pasara en ambas direcciones. Levantó el pie del acelerador y dejó que llegara a su

destino. No había farolas, y los faros de Selena brillaban con intensidad. Apagó las luces y observó cómo él reducía la velocidad y entraba en el camino de entrada de una casa a cuatro puertas de distancia. Detuvo el coche y aparcó. Se giró hacia Dee. —Voy a por la dirección a pie. Es demasiado arriesgado con los faros.

Dee enarcó las cejas. —¿No se suponía que debíamos quedarnos en el coche?

—Tú quédate en el coche. Vuelvo enseguida. —Sabía que se salía del plan y a Martina no le gustaría, pero no había forma de conseguir el número de la casa sin ser vistas con los faros encendidos. Cantarían demasiado.

Abrió la puerta lentamente y la sujetó para que se cerrara con suavidad, dejándola descansar en el marco. Saludó en silencio a Dee antes de agacharse. Corrió encorvada por la calzada hasta que tuvo a la vista el número de la casa. *48615*. Se escondió detrás de un arbusto y apuntó los dígitos en la aplicación de notas de su teléfono. Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y avanzó con cuidado para escuchar.

Tres suaves golpes en una puerta maciza. A los pocos instantes, la puerta se abrió con un crujido. Se intercambiaron palabras en un idioma extranjero antes de que Ocampo entrara, cerrando rápidamente la puerta tras de sí.

¿De quién era la casa? Supuso que lo averiguarían cuando consultaran los registros de la propiedad. Pero ¿qué hacían a la una de la madrugada?

Selena estaba a punto de dar media vuelta y regresar al coche cuando se dio cuenta de la oportunidad que tenía delante. ¿Y si tenían a Emily dentro? Los registros de la propiedad *no* revelarían esa información crucial.

Estaba oscuro y ella iba vestida de negro de pies a cabeza. Debería poder colarse y echar un vistazo dentro de la casa sin que la vieran. Suponiendo que no hubiera sensores de movimiento o perros en el jardín. Como la última vez que intentó colarse en una propiedad.

Se agachó y corrió por el camino de entrada hasta el lateral de la casa. Unos escalones descendían hasta la puerta principal, y ahora

estaba claro que la casa estaba construida en la ladera de una colina. Esto haría más difícil ver el interior. Pero no imposible. No había valla, pero no se sabía cómo de grande era realmente la casa. El frente de la casa parecía una modesta casa de estilo rancho con revestimiento de madera y un garaje para dos coches, pero dependiendo de cuántos niveles tuviera, la casa podría tener ciento cuarenta metros cuadrados o cuatrocientos sesenta.

Descendió entre los arbustos hasta un sendero que bordeaba el lateral de la casa. Caminó en silencio, agachada junto a la vivienda. Por suerte, llevaba botas con suelas de buen agarre. Se asomó lentamente a la primera ventana del lateral de la casa, una sala de estar sin usar. Estaba a oscuras. Continuó por el lateral de la casa hasta que llegó a una ventana iluminada. De momento, todo bien. Ni luces de movimiento. Ni mascotas.

Se puso de puntillas para echar un vistazo. Dentro había un gran sofá marrón claro en forma de L con una mesa de centro redonda delante. En el extremo del sofá, un hombre caucásico de mediana edad con perilla canosa y un polo negro estaba sentado sosteniendo un vaso lleno de un líquido de color ámbar. Sus ojos azules se abrieron de par en par y se levantó con bastante rapidez. Dejó el vaso en la mesa de centro y miró al frente. Su rostro se iluminó mientras una sonrisa asomaba a su cara.

Selena siguió su mirada. Se quedó helada y el corazón le latió con fuerza. En la esquina había dos figuras, Ocampo y otro hombre asiático. El otro hombre se apoyó en la pared mientras una niña se acercaba. No podía tener más de cinco años. Tenía el pelo castaño apagado y llevaba una diadema adornada con un gran lazo rosa. Tenía los ojos soñolientos, como si la hubieran drogado. Iba vestida con un vestido rosa de volantes, como los que se ven en las muñecas antiguas. Giró lentamente sobre sí misma con una expresión ausente.

Selena volvió a mirar al hombre de la perilla. Parecía que fuera la mañana de Navidad y hubiera recibido el regalo que había pedido. Selena tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no romper la ventana y darle una paliza hasta dejarlo sin sentido. ¿Quién era esa niña?

El hombre se acercó y le habló a la niña. La niña asintió. Esto se prolongó durante unos minutos, antes de que el hombre que Selena supuso era el socio de Ocampo se la llevara de la habitación.

Ocampo se acercó al hombre de la perilla canosa. Ambos sonrieron mientras se daban la mano. Acababan de cerrar un trato.

Selena se sujetó el estómago, haciendo un esfuerzo por no vomitar. *Bichos asquerosos*. Tenía que irse. Tenía que informar de esto. Se dio la vuelta para volver al coche, pero se quedó de piedra cuando dos manos grandes la agarraron por los hombros. Instintivamente, le dio una patada hacia atrás en la entrepierna y se giró para lanzarle un gancho a la barbilla. Aturdida, sacó su porra mientras él se doblaba por la cintura. Antes de que pudiera asestarle un buen golpe, él le lanzó su enorme puño y le dio un puñetazo en un lado de la cara. Cayó contra la pared de la casa. Se apoyó en la casa con una mano y blandió la porra a diestro y siniestro con la otra. Después de unos cuantos sonidos sordos que indicaban que la porra había dado en el blanco, miró por encima del hombro. El hombre estaba encorvado.

El cuerpo le temblaba mientras la adrenalina se disparaba.

Le atizó con la porra en la nuca, el cuello y la espalda hasta que se desplomó, boca abajo en el suelo. Se quedó mirando al monstruo derrotado. Había más sangre de la que esperaba. Sacudió la cabeza. *No hay tiempo para pensar en eso.*

Corrió de vuelta al coche. Cuando llegó, abrió la puerta de un tirón y saltó al asiento del conductor. Puso en marcha el motor, entró en el camino de entrada más cercano y dio marcha atrás antes de acelerar calle abajo.

—¡Dios mío! Estás sangrando. ¿Qué ha pasado? —preguntó Dee.

Selena se llevó los dedos al lado de la cara. Estaba mojado. Se miró los dedos. —Tenemos que largarnos de aquí.

—¿Estás bien?

—Yo estaré bien. —Del hombre que la atacó, no estaba tan segura.

12

—•—

Sin aliento, Selena se incorporó a toda velocidad a la autopista. Por el rabillo del ojo vio un pañuelo de papel blanco. Lo cogió y dijo:

—Gracias.

Se lo sujetó en un lado de la cara con una mano mientras seguía conduciendo con la otra. Con la cabeza palpitándole, solo podía pensar en qué le pasaría a esa niña. ¿Quién era? ¿Había un equipo buscándola? ¿Dónde estaba Emily?

—¿Qué ha pasado, Selena? —le preguntó Dee con desesperación en la voz.

—Han pasado cosas muy malas... —dijo, y luego pasó a explicar lo que había presenciado en la casa con los hombres, la niña, y los detalles de su agresión.

Dee se quedó en silencio.

Selena se quitó el pañuelo de la sien. Hizo una bola con el pañuelo ensangrentado y lo metió en la consola central. Se volvió hacia Dee, cuya piel clara parecía ahora casi translúcida.

—¿Debería llamar a la policía? Es que no quiero incriminarme, ¡pero no puedo permitir que a esa niña la vendan a ese hombre! No podemos dejar que pase, y el tiempo es oro. ¿Y si oyeron la pelea y la están trasladando? He dejado inconsciente al tipo, pero eso no

significa que no vayan a buscarlo. Puede que solo tengamos unos minutos antes de que desaparezcan para siempre.

Dee negó con la cabeza.

—¿Y si lo que has visto no es lo que crees? Quiero decir, ¿y si es la hija de ese hombre o su nieta y resulta que es amiga de esos tíos?

Selena miró a Dee de reojo.

—No pensarás eso de verdad, ¿no?

—No, pero a veces las cosas no son lo que parecen. Quizá deberías llamar a Martina.

Selena debía llamar a Martina y explicárselo. ¿Pondría en peligro su carrera en Drakos Monroe? Por no hablar de lo enfadados que se pondrían su madrastra y su padre cuando se enteraran de lo que había hecho. Pero se trataba de una niña. La vida de la pequeña era más importante que el enfado de su madrastra.

—Buena idea. ¿Puedes llamarla con tu móvil? Pones el manos libres y hablo con ella. Ya estoy hecha un manojo de nervios, no puedo conducir y hablar por teléfono a la vez.

La luz del móvil de Dee iluminó el interior del coche mientras llamaba a Martina.

Selena centró la vista en la carretera. Oía el tono de llamada desde el asiento del copiloto. Dee dijo:

—Hola, Martina. No, estamos bien. Te lo juro. —Otra pausa—. No, pero ha pasado algo que Selena tiene que contarte. Voy a acercar el teléfono y a ponerte en el manos libres. Está conduciendo. Ya te lo explica ella.

Selena se inclinó hacia el teléfono, ahora a centímetros de su boca.

—Hola, Martina. Lo primero, no te enfades, pero he seguido a Ocampo hasta una casa en Burlingame. Fui a pie para ver la casa mejor. Tenemos la dirección, pero miré por las ventanas y vi a una niña, de unos cinco años, a la que exhibían como si estuviera en un escaparate, como si estuviera en venta. El hombre le ha estrechado la mano a Ocampo después de que se llevaran a la niña. ¿Qué hago? ¿Llamo a la policía?

—¿Puedes describir a la niña con más detalle? Voy a buscar en la base de datos de personas desaparecidas.

¿Ya está? ¿Ninguna bronca? Martina debe de entender la urgencia. Seguro que la bronca vendrá después.

Selena describió a la niña detalladamente.

A través del teléfono, oía a Martina teclear en el ordenador. El coche quedó en silencio mientras esperaban a que terminara su búsqueda.

El ritmo cardíaco de Selena empezó a ralentizarse, acercándose a la normalidad. La cabeza le palpitaba. ¿Tendría una conmoción cerebral? Quizá no debería estar conduciendo.

Martina habló deprisa.

—Te estoy enviando un par de fotos. Para el coche y échales un vistazo. Dime si alguna de ellas es la niña que has visto.

—Vale, pararé en la próxima salida. Está aquí mismo y veo una gasolinera. —Salió de la autopista y detuvo el coche frente a la gasolinera. Puso el coche en punto muerto. Dee le pasó el teléfono y estudió la primera foto. *No*. La siguiente. Otra niña pequeña de aspecto angelical. *No*. La tercera—. Dios mío. La número tres. Es ella. A ver, en esta foto parece mucho más feliz, pero es ella. Lo juraría. Es ella. —El corazón se le aceleró. El dolor quedó olvidado una vez más y ahora su único objetivo era ayudar a esta pequeña.

Martina dijo:

—Es Penny David, de cinco años. Fue secuestrada hace dos meses en su casa de Palo Alto.

—Deberíamos llamar a la policía, ¿verdad, Martina? Es decir, no quiero poner en peligro la búsqueda de Emily, pero esa niña... No puedo quedarme sin hacer nada.

—Por supuesto. Llama al 112. Intenta hacerlo de forma anónima.

Selena asintió.

—Lo haré.

—Llámame cuando llegues a casa, para que sepa que has llegado bien, ¿vale?

—Cuenta con ello.

Colgó el teléfono y marcó el 112. Le explicó al operador que había visto a la niña desaparecida de cinco años, Penny David, y les dio la dirección donde la había visto por última vez. Selena rezó para que no fuera demasiado tarde.

La esperanza llenó a Selena. Si se habían llevado a Penny hacía dos meses y no la habían matado, Emily aún podía estar viva.

13

—•—

Selena entró en Drakos Monroe a la mañana siguiente con un nudo en el estómago. Le dedicó una sonrisa forzada a la señora Pearson, la recepcionista, y siguió hacia la sala de reuniones donde la esperaba Martina. Durante toda la semana que llevaba trabajando en el caso de Emily Harrington, Martina no le había exigido que fuera a la oficina para una reunión formal. Y la de hoy, además, sin explicación alguna. Entró en la sala de reuniones número dos, la más grande de la oficina. En el centro había una gran mesa ovalada, rodeada por doce sillones de tipo ejecutivo. Las paredes estaban adornadas con pizarras blancas y rotuladores.

Martina estaba sentada al otro lado de la mesa, con la mirada fija en la pantalla de su portátil, tecleando. Se quitó las gafas de leer y las dejó sobre la mesa antes de levantarse. —Hola, Selena, gracias por venir hoy. Sé que no estaba previsto, pero he pensado que sería mejor que nos viéramos en persona.

Qué formal. Nunca es buena señal. —No pasa nada.

Martina asintió levemente. —¿Necesitas café, agua o cualquier otra cosa antes de que empecemos?

—No, estoy bien. —Selena se sentó junto a Martina y dejó el bolso en el suelo. Sacó el portátil y lo puso sobre la mesa. Martina cerró la

puerta y volvió a su asiento. ¿Por qué se sentía como si la hubieran mandado al despacho del director? No es que se hubiera metido en líos en el colegio, pero tenía la sensación de que así es como se habría sentido si lo hubiera hecho.

Martina le dedicó una sonrisa tranquilizadora. —¿Cómo tienes la cabeza? Parece hinchada. ¿Has ido al hospital?

Selena negó con la cabeza. —No, está bien. Me he puesto un poco de hielo antes.

Martina se puso seria. —¿Has tenido mareos, náuseas, dolor de cabeza, vómitos o confusión?

—No, o sea, me duele, pero me encuentro bien. —Aparte de sentirse estúpida por haber dejado que el hombre la pillara desprevenida, pero eso no era un dolor físico. Así que, en realidad, estaba bien.

Martina arrugó la cara como si no estuviera convencida. —¿Seguro?

—Estoy bien.

—Vale, bueno, anoche demostraste tener un buen instinto de investigadora… y salvaste la vida de una chica. ¿Has oído la noticia de que Penny David se ha reunido con su familia hace unas horas? He hablado con un colega del departamento de policía de Burlingame y han detenido al hombre de la perilla, Lester Devenworth. Era el dueño de la casa, pero para cuando llegó la policía, Ocampo y su compañero habían desaparecido.

Selena tuvo que contenerse para que no se le cayera la mandíbula al suelo. ¿No iba a echarle una bronca? —Sí, es una gran noticia. Es una pena que no hayan encontrado a Emily ni a Ocampo.

Martina se puso seria. —No te equivoques, has hecho un gran trabajo, pero también ha sido increíblemente peligroso. Has roto el protocolo. Podrías haber muerto. Y por mucho que quiera encontrar a Emily, tu vida es más importante para mí.

Selena se tocó el lado de la frente, que le palpitaba de nuevo. —Pero no ha sido así.

Martina permaneció estoica. —¿Cuántas horas le has dedicado al caso esta semana, Selena?

Selena levantó la vista para calcular el tiempo. Pasaba todas las tardes, pero no se había saltado ninguna de sus clases. Hacía los deberes durante el día los fines de semana. El resto del tiempo lo dedicaba al caso. —No sé, quizá seis o siete horas cada noche en las vigilancias, reuniéndome con la familia, revisando informes de vigilancia… Quizá cuarenta o cincuenta horas en total la semana pasada.

Martina frunció el ceño. —Selena, eso es demasiado. Llegamos a un acuerdo cuando aceptaste este trabajo. Tu prioridad número uno son los estudios, no el trabajo. Tengo que admitir que, cuando te di este caso, pensé que sería mucho más pequeño. Por horrible que suene, di por hecho que la chica estaba muerta. Pensé que serías capaz de reunir algunas pistas sobre dónde podría estar enterrado su cuerpo y podrías dar un cierre a la familia. —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Lo que has descubierto es que es un caso mucho, mucho más grande. Entre la trata de personas, el burdel, el secuestro y la venta de chicas jóvenes, ¿y ahora la posible implicación de los padres? Este es un caso enorme, Selena. Quiero traer a Emily Harrington a casa, suponiendo que siga viva, o al menos asegurarme de que está a salvo. Normalmente, la lealtad es para nuestros clientes, pero si son culpables de la desaparición, o están asociados de alguna manera con la desaparición de Emily, en Drakos Monroe hacemos lo correcto. Y lo correcto es asegurarnos de que encontremos a Emily. Sé que se suponía que este era tu primer caso, pero me temo que tengo que intervenir y desempeñar un papel más activo.

¿Un papel más activo? El calor la abrasó por dentro. —Eso no es justo. Puedo hacerlo. Puedo seguir con los estudios y encontrar a Emily.

Martina negó con la cabeza. —Los estudios deben ser tu máxima prioridad, y en este bufete tenemos como prioridad encontrar a Emily. Mira, esto es lo que estoy dispuesta a hacer. Tengo un equipo encargado de vigilar a Julie y Rick Harrington, a Ocampo y el salón de uñas. Este es un trabajo a tiempo completo para toda la gente que he asignado al caso.

Selena negó con la cabeza, incrédula. ¿Escribir otra redacción sobre la historia del sistema judicial era más importante que encontrar a Emily? *Ni de coña.*

Martina la miró fijamente. —Déjame terminar. Estoy dispuesta a dejar que ayudes a dirigir el cotarro. Tendrás acceso a toda la información recopilada, asistirás a las reuniones informativas y discutirás teorías. Básicamente, serás el cerebro de las operaciones. Pero se acabaron las vigilancias. Se acabó la vigilancia sobre el terreno.

Selena se cruzó de brazos y apretó los labios. —Esto no tiene sentido, Martina. Puedo hacer el trabajo a tiempo completo. Lo he estado haciendo. Y cuanto más lo pienso, ¿realmente necesito un título? Tú no lo tienes, y papá tampoco.

Miró fijamente a Martina mientras su pecho subía y bajaba.

El rostro de Martina se había vuelto pálido y serio. —Selena, ¿cuáles son tus aspiraciones profesionales? ¿Quieres ser una investigadora privada que investiga casos el resto de tu vida? Si la respuesta es sí, tienes razón. Si todo lo que quieres es ser investigadora privada, no necesitas terminar los estudios. Tienes un gran instinto. Creo que serás genial. ¿Pero no quieres algo más?

—Sí. Quiero algo más que investigar casos. Quiero dirigir investigaciones, dirigir a gente y liderar equipos. Si me dedico a la investigación privada en lugar de a las fuerzas del orden, quiero ser socia, como tú.

Martina se recostó y su expresión se suavizó. —Si ese es el caso, esto es lo que te diré. Aunque es cierto que no tengo un título universitario, sí tengo formación militar, que me enseñó a liderar y a dirigir un equipo. No te estoy sugiriendo que te alistes en el ejército, pero si de verdad te gustaría tener un puesto de liderazgo en este bufete algún día —después, por supuesto, de que hayas dominado tanto la investigación privada como la parte de seguridad—, podrías convertirte en socia. Pero que sepas que ser socia es algo más que experiencia sobre el terreno. Aquí es donde tu educación puede desempeñar un papel. Necesitas experiencia en liderazgo y en negocios. Mi recomendación es que sigas con la carrera de justicia penal y te especialices en empresariales, o, ya que solo estás en tu

segundo año, puedes cambiar de carrera principal y probablemente graduarte a tiempo. Cambia tu carrera a dirección de empresas con una especialización en justicia penal. En cualquier caso, te recomiendo que curses algunas asignaturas de negocios. Liderazgo. Finanzas. Contabilidad. Economía. Todas las materias que necesitarás saber para dirigir un negocio. Yo no solo dirijo equipos, Selena, también dirijo el negocio. Hay un montón de cosas que suceden entre bastidores que significan que un título sería increíblemente beneficioso para ti y también te haría destacar sobre otros candidatos en un puesto de liderazgo.

Selena estaba a punto de protestar de nuevo y dar su opinión, cuando Martina levantó la mano para detenerla. —Y una cosa más. A nivel personal, tu madre no tenía un título universitario. Tu padre no tiene un título universitario. La universidad no va solo de las asignaturas que aprendes, también va de ganar perspectiva para ver el mundo de una manera diferente. Tu padre está muy orgulloso de ti, al igual que yo. Deberías estar orgullosa de ti misma por ir a la universidad. Si te quedas, serás la primera persona de tu familia en obtener un título. Eso no es algo que tomarse a la ligera. La educación es algo que nadie puede quitarte nunca. Recuérdalo. *La educación es un regalo.*

Selena se hundió en su silla y reflexionó sobre lo que Martina le estaba diciendo. Quería ser investigadora. También quería ser una líder y una empresaria como Martina. Y *también* quería encontrar a Emily Harrington.

—¿Aún puedo formar parte del caso?

Martina ladeó la cabeza. —Sí, pero se acabó el ir por libre. Este caso se ha vuelto demasiado peligroso y no estoy dispuesta a que maten a mi hijastra.

No la habían apartado por completo de su caso, pero aun así era una faena. Solo le permitían investigar desde la oficina. Una detective de sillón. La habían dejado en el banquillo. Necesitaría que algo de esa paciencia de investigadora privada hiciera acto de presencia. *Pronto*. —Vale. Se acabó el ir por libre.

—Sabes que tienes un trabajo a tiempo completo aquí en cuanto te gradúes, ¿verdad?

Selena asintió.

—Espero que vengas a la oficina para tener reuniones periódicas con el equipo, para hablar de estrategia y revisar pruebas.

—¿Y lo de interrogar a Julie? ¡Se reunió con Ocampo! Tiene que estar involucrada de alguna manera.

—Creo que tenemos que andarnos con cuidado con Julie Harrington. La vigilaremos de cerca. Sea lo que sea que esté tramando, podríamos pillarla con las manos en la masa.

Selena se quedó sentada en silencio, mirando al suelo.

—¿Estás bien?

—Solo estoy decepcionada. Me gusta estar sobre el terreno y de verdad quiero encontrar a Emily, pero me pensaré lo que has dicho sobre los estudios.

—Encontraremos a Emily. Tenemos pistas excelentes gracias a ti. Y sabes que si tienes alguna pregunta sobre este trabajo, estaré más que encantada de responderlas. Te aviso, hay un montón de cosas aburridas que hago como socia del bufete. Último sermón del día, lo prometo. Creo firmemente que deberías seguir en la universidad. Sácate el título. Gradúate.

Selena asintió a modo de reconocimiento.

Martina dijo: —¿Estás lista para hablar de estrategia?

Por fin. —Sí, vamos a ello.

Tras una sesión de estrategia de una hora, Selena salió de la oficina con un poco más de brío y la primera noche libre en una semana. Y sabía exactamente con qué bombón de un metro ochenta le gustaría pasar el rato. Que la dejaran en el banquillo no tenía por qué ser del todo malo.

14

—•—

Selena esperaba nerviosa fuera del apartamento de Brendon a que le abriera. La puerta se abrió de golpe y una sonrisa involuntaria se dibujó en su rostro. Entró y le rodeó el cuello con los brazos, besándolo con un poco más de pasión de la que había planeado. Separó sus labios y lo miró a los ojos. —Te he echado mucho de menos.

—Yo también te he echado de menos. —Le dio otro pico antes de separarse de ella para cerrar la puerta. Volvió a mirarla y se le ensombreció el rostro—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Se tocó con los dedos el chichón, que ahora llevaba vendado. —Ah, eso. Un pequeño altercado.

Abrió los ojos como platos. —¿Un altercado?

—Es una larga historia. Estoy bien, de verdad.

No pareció convencerlo mientras ella avanzaba por el pasillo de su pequeño apartamento. Miró a la izquierda y vio a Glenn, el compañero de piso de Brendon, en el sofá. Lo saludó con la mano. Glenn le devolvió el saludo con un gesto de cabeza antes de volver a concentrarse en el videojuego.

Brendon cogió a Selena de la mano y la llevó a su dormitorio, donde la sentó en la cama. Se sentó a su lado. —Ahora, cuéntame lo

de ese altercado.

Selena inspiró y espiró. —Vale, pues… —Le contó todo, desde que vio a Penny David en la casa de Burlingame hasta el ataque del desconocido fuera de esa misma casa.

Brendon abrió mucho los ojos. —Podrías haber muerto.

—No he muerto. Estoy bien. Apenas un rasguño. —Pero eso no borró la preocupación de su cara. Parecía que solo lo empeoraba—. Sé defenderme. Simplemente me sorprendió lo que vi y bajé la guardia un segundo.

Brendon negó con la cabeza. —Con un segundo basta. ¿Y si hubiera tenido una pistola?

Entonces estaría muerta. Su trabajo era peligroso, pero no podía quedarse de brazos cruzados y no ayudar a esas mujeres y chicas jóvenes. Sabía el peligro que corrían. No podía simplemente mirar para otro lado y fingir que no estaba pasando.

Brendon se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación. Ella esperó a que dijera algo, algo bueno. El rostro serio, los ojos tristes. Era más de lo que podía soportar. Se encontró suplicándole: —La próxima vez tendré cuidado, te lo prometo.

Dejó de dar vueltas. —¿La próxima vez? No tienes ni veinte años. Lo que estás haciendo es real y peligroso. Me preocupas tú y este tipo de trabajo. Sé que puedes cuidarte sola, pero la idea de perderte… Es que yo… —Bajó la mirada al suelo.

Selena intentó ponerse en el lugar de Brendon. ¿Le parecería bien salir con alguien que tuviera un trabajo peligroso? Sí. ¿Se preocuparía? Sí. Pero si era su pasión, tendría que apoyarlo, ¿no? Mucha gente tenía trabajos peligrosos y mantenía relaciones. ¿Por qué iba a ser ella diferente? ¿Estaba siendo demasiado sensible por ser ella una mujer?

Le habría encantado echarle la culpa al patriarcado por esto, pero la desesperación que emanaba de Brendon casi le partió el corazón. Estaba realmente preocupado por ella. Supuso que no era descabellado. Si su atacante hubiera tenido una pistola, podría haberla matado a tiros. Eso era innegable. Tendría que tener más cuidado la próxima vez. *Estar siempre en guardia*. Era como siempre le decía Martina, la experiencia en el campo superaba a todo lo

demás. Ninguna cantidad de entrenamiento en un gimnasio podía compensar la experiencia en el mundo real. *Y vaya si era verdad.*

Se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. —Estaré bien. Te lo prometo. No me va a pasar nada. Además, Martina me ha quitado del trabajo de campo. Solo trabajo de oficina para esta chica, por ahora.

Él la miró a los ojos. —¿En serio?

¿Se alegraba demasiado de eso? —En serio.

Le puso las manos en las caderas. —¿Eso significa que podemos celebrar San Valentín juntos? ¿Sin cancelaciones?

—¿Cuándo es San Valentín?

—El próximo viernes.

Le rogó al universo que encontraran a Emily para el viernes. Asintió y sonrió. —Te lo prometo.

—¿Y esta noche no trabajas?

—No. Soy toda tuya.

Él le dedicó una sonrisa pícara. —¿En serio?

Ella le sonrió radiante y dijo: —En serio —antes de soltarle el cuello, cogerlo de la mano y llevarlo de vuelta a la cama.

A la mañana siguiente, Selena besó a Brendon y se despidió con la mano al cruzar el umbral de la puerta principal para salir al porche. Bajó los escalones y se dirigió a la calle lateral donde había aparcado. Se acercó al coche y se quedó helada. Se arrodilló e inspeccionó la rueda trasera. *Pinchada*. Avanzó sigilosamente hacia la rueda delantera del lado del copiloto. *Pinchada*. Corrió rápidamente hacia el lado del conductor del coche. Las cuatro ruedas estaban pinchadas. ¿Alguien le había rajado los neumáticos? ¿Era obra de unos críos aburridos? ¿O los traficantes le habían enviado un mensaje?

Se apresuró hacia el coche aparcado delante del suyo para ver si sus ruedas estaban pinchadas. *No*. Siguió con el siguiente y el

siguiente, antes de volverse. *Solo mis ruedas están pinchadas*. El pulso se le aceleró.

Selena subió corriendo de nuevo al apartamento de Brendon y le explicó que tenía una rueda pinchada, pero *no* su teoría de que podrían ser los traficantes enviándole un mensaje.

—¿Tienes una de repuesto?

¿Una de repuesto? Sí. ¿Cuatro de repuesto? No. —No, voy a llamar al club del automóvil para que lo lleven en grúa a un taller y las cambien.

Brendon ladeó la cabeza. —¿Que las cambien? ¿Cuántas ruedas tienes pinchadas?

No podía mentirle. —Las cuatro.

Perdió todo el color de la cara. —Selena. ¿Y si esto está relacionado con el caso? ¡Saben quién eres y dónde vivo, y probablemente dónde vives tú también!

—O han sido unos críos aburridos. —Intentó sonar lo más convincente posible, pero estaba segura de que había fracasado. Estrepitosamente.

Brendon negó con la cabeza, claramente sin creerse su versión menos terrible. Sobre todo porque tampoco se la creía ella. Tenía toda la razón. Los criminales que investigaba probablemente ya sabían qué coche conducía y dónde vivía Brendon. ¿Sabían también su identidad? ¿Y si su visita a Brendon lo ponía en peligro? Sería culpa suya si a él le pasara algo. Había sido demasiado descuidada. Tenía que arreglarlo.

Rodeó a Brendon con los brazos y lo abrazó con fuerza. Luego le susurró al oído: —Solucionaré esto, ¿vale? Seguro que estamos exagerando.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. —Espero que tengas razón, pero no lo creo. Por favor, necesito que tengas cuidado. No puedo perderte.

—Yo tampoco quiero perderte a ti.

Mientras esperaban a la grúa, Selena y Brendon se sentaron en el borde de la cama de él, cogidos de la mano, sin querer separarse ni un centímetro. Lo único que Selena podía pensar era: *cruzo los dedos para que solo hayan sido unos críos aburridos*.

15

—•—

Selena entró en casa arrastrando los pies y dejó caer el bolso en el suelo del recibidor antes de dirigirse al sofá y desplomarse con un profundo suspiro. Vaya día. Después de tres horas en el taller de neumáticos, por fin tenía un vehículo capaz de circular. Uf. No era algo que le apeteciera tener que volver a hacer.

—Hola, ¿qué tal? —dijo Dee al entrar tranquilamente en el salón. Luego se acurrucó en el sofá a su lado.

Selena respiró hondo.

—He tenido días mejores —dijo, y pasó a explicarle a Dee todo lo que había ocurrido esa mañana.

Dee se quedó con la boca abierta.

—¿Y qué dice Martina de todo esto?

—No se lo he contado.

—¿Qué? Podrías estar en peligro. Yo podría estar en peligro. Toda la casa podría estar en peligro. Brendon también. ¿Y qué pasa con el resto del equipo de Drakos Monroe? Si saben quién eres, saben dónde trabajas. Todo el equipo podría estar en riesgo.

Selena no había caído en eso.

—No sé. ¿Tú crees? Nadie más ha recibido ningún tipo de mensaje o ataque.

—Que tú sepas.

Pensó que quizá Dee estaba exagerando. Ni siquiera sabía si los pinchazos eran un mensaje, pero Dee tenía razón en lo de llamar a Martina. Debería saberlo, por si acaso eran los traficantes enviándoles un mensaje a Selena y al resto del equipo de Drakos Monroe. Antes de que pudiera coger el móvil para llamar a Martina, el aparato vibró. Se quedó mirándolo, sobre el cojín del sofá a su lado. *Número desconocido.* Algo le dijo que lo cogiera.

—¿Sí?

—¿Ha recibido nuestro mensaje de esta mañana?

Selena se quedó helada. Con el corazón desbocado, dijo:

—Sí.

—Para que nos quede bien claro, Selena Bailey, no solo sabemos quién es usted, sino que también lo sabemos todo sobre su novio, Brendon Vale. Deje esto o despídase del señor Vale. ¿Entiende, Selena?

—Sí, entiendo. —El cuerpo le temblaba mientras la adrenalina se le disparaba por las venas. Le habían dicho que nada de más trabajo de campo, pero acababan de amenazar a su novio y eso *no* se lo iba a consentir. Iba a ir al salón de manicura, e iba a ir *hoy mismo*.

Dee se quedó de pie, mirando a Selena con las manos en las caderas.

—¿Quién era?

—Eran ellos. Los traficantes. Voy a hablar con ellos. Nadie amenaza a la gente que me importa.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde vas?

—Voy al salón de manicura a hablar con Ocampo.

Dee negó con la cabeza.

—¡Es demasiado peligroso, Selena!

—Saben mi nombre. Probablemente saben dónde vivo. Saben dónde vive Brendon. El peligro ya existe. Es hora de que hable con ellos cara a cara y ponga fin a esto.

—Selena, creo que es una idea malísima. Como mínimo, creo que deberías llamar a Martina y conseguir refuerzos.

—Es mediodía. No pasará nada. Solo quiero hablar con Ocampo y dejarle claro que no voy a echarme atrás. Tienen que saber que voy

en serio.

—Creo que no entiendes que esto es crimen organizado. No te tienen miedo ni a ti ni a ninguna otra persona. Soy tu mejor amiga y sabes que no te mentiría. Te lo digo ahora mismo, es una insensatez. Llama a Martina.

Selena negó con la cabeza.

—Puedo con esto. —No estaba segura de qué diría o haría exactamente cuando se enfrentara a Ocampo, pero lo que sí sabía era que no podía permitir que le pasara nada a Brendon. La destrozaría.

Se puso de pie y miró a Dee.

—Te llamo luego. —Selena cogió las llaves de la mesita y la chaqueta del gancho del recibidor y salió de casa furiosa. Esos capullos no se iban a salir con la suya. No mientras ella estuviera allí.

16

Selena aparcó en la plaza que había justo delante de Pretty Nails. Con la pistola táser en el bolsillo trasero y la porra en el delantero, se dirigió con determinación hacia las puertas de cristal del salón de uñas. Abrió una de un empujón y se precipitó hacia el mostrador. Se plantó cara a cara frente a Benjie Ocampo, que estaba de pie detrás del mostrador de recepción. Él le dedicó la misma sonrisa torcida que la primera vez que había estado allí.

—Tengo un mensaje para usted —espetó ella.

Él la miró desconcertado.

—Lo siento. ¿Tiene usted cita?

Selena se acercó un poco más.

—He dicho que tengo un mensaje para usted.

—A lo mejor se ha equivocado de sitio. No la conozco. No sé a qué mensaje se refiere.

Selena se inclinó hacia delante y lo señaló con el dedo.

—Sé que se llevó a Emily. Sé que estas mujeres son víctimas de la trata de personas. Si no se echa atrás y nos deja en paz a mí y a todos los que me importan, se arrepentirá. —El cuerpo le temblaba de rabia. Estaba tan furiosa que tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no sacar la porra y partirle la cara a aquel hombre.

Ocampo retrocedió y fingió inocencia.

—Lo siento, señorita, no sé de qué me habla. ¿Quería hacerse la manicura o la pedicura?

Estaba jugando con ella. Sabía perfectamente de qué estaba hablando. Y ella estaba casi segura de que él sabía perfectamente quién era. Con las manos en las caderas, le advirtió:

—Aléjese de mi familia *y* de mis amigos.

Él rodeó el mostrador, abrió la puerta principal y la sujetó para ella. El aire frío le provocó un escalofrío que le recorrió la espina dorsal.

—Señorita, me temo que si no ha venido a hacerse la manicura o la pedicura, voy a tener que pedirle que se vaya —dijo Ocampo.

Selena se detuvo a escasos centímetros de él. Con el pecho agitado, juró:

—Recuperaré a Emily.

Ocampo la miró con los ojos entrecerrados y habló en un susurro bajo y profundo.

—*Selena*, si tan preocupada está por Emily, ¿por qué no va a hablar con su papito?

Selena retrocedió un paso.

Ocampo se inclinó hacia ella, a centímetros de su cara. Selena podía sentir su aliento cálido en el rostro. Él susurró:

—No vuelva por aquí o será usted quien se arrepienta. Eso se lo prometo.

Selena salió y se apresuró a volver a su coche. ¿Se habría metido en la boca del lobo? ¿Y qué había querido decir Ocampo con lo de hablar con el papito de Emily? ¿Estaba Rick Harrington implicado de algún modo? *Solo hay una forma de averiguarlo.*

17

—•—

Selena aporreó la puerta con el puño tres veces antes de que se abriera de golpe. Apareció Rick Harrington, con aspecto alterado.

—Selena, ¿qué hace usted aquí?

—He venido a por respuestas. —Entró como una exhalación sin que la invitaran. Se puso a dar vueltas por el salón—. ¿Qué está pasando en realidad, señor Harrington? Acabo de estar en el salón de manicura. ¿Y sabe qué? Me han dicho que hablara con usted. ¿Cómo está implicado? ¿Dónde está Julie?

Rick negó enérgicamente con la cabeza.

—Tiene que irse.

—No pienso irme a ninguna parte hasta que me diga lo que está pasando. Lo que sea que usted y Julie hayan hecho está afectando ahora a mis seres queridos. Nos han amenazado a mí y a mi novio. Esto me parece totalmente inaceptable. Si está implicado, será mejor que me lo diga *ahora* mismo. —Sostenía la porra en la mano, lista para extenderla. Iba a conseguir respuestas de un modo u otro.

Se acercó a ella y, en voz baja, dijo:

—Va a conseguir que la maten. Por favor, váyase.

Se quedó rígida. En ese instante supo varias cosas. Uno: Emily seguía viva. Y dos: de alguna manera, Rick había estado en contacto

con los traficantes. Tres: él no había vendido a Emily. ¿Por qué no les había dicho que los secuestradores se habían puesto en contacto con él? Le sostuvo la mirada.

—Podemos ayudarle.

—Está despedida. Por favor, váyase.

Selena negó con la cabeza.

—No me iré hasta que me diga lo que está pasando. Nos contrató para encontrar a su hija y lo haremos, con o sin usted.

—Tiene que irse ahora mismo o la echaré yo.

Estaba pálido y le temblaba el cuerpo. Parecía asustado, pero no de ella. ¿Qué estaba pasando?

Salió furiosa de la casa y él cerró la puerta rápidamente tras ella. Se dirigió a su coche y se metió en el asiento del conductor. ¿Habían recibido una petición de rescate? ¿Había vendido Julie a Emily y ahora Rick intentaba recuperarla? Antes de que pudiera girar la llave en el contacto, le vibró el móvil. *Mierda*. Era Martina.

—¿Sí?

Martina dijo:

—¿Qué demonios estás haciendo? Mis hombres me dicen que estás en casa de los Harrington ahora mismo y he recibido una llamada muy preocupante de Dee. Tienes que salir de ahí ya y reunirte conmigo en la oficina. Es una orden.

Antes de que pudiera protestar, Martina había colgado. Se quedó mirando la pantalla en blanco y sacudió la cabeza. Desde luego, el día no estaba saliendo según lo previsto.

18

—•—

Selena metió la llave en la cerradura de la puerta del vestíbulo. Los domingos no había recepcionista en Drakos Monroe, y Martina le había confiado una llave de la oficina. Por lo que sabía Selena, sería la última vez que pondría un pie en la empresa. Martina nunca le había exigido que hiciera nada. Siempre había estado tranquila, serena e imperturbable. Pero Selena pudo distinguir en su tono de voz al teléfono que estaba bastante enfadada.

No le gustaba la idea de disgustar a Martina. Quería a Martina y la respetaba. Pero desde luego no le gustaba que la hubieran convocado de vuelta en la oficina. *Eso es una orden*. En general, no le gustaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Creía que quería ser como Martina y llegar a ser socia de Drakos Monroe Security and Investigations, una de las empresas más grandes y respetadas del área de la bahía de San Francisco. Pero ahora se preguntaba si los próximos años de su formación consistirían simplemente en recibir órdenes de otras personas. No le gustaba cómo sonaba aquello.

Cerró la puerta con llave tras de sí y siguió hacia su cubículo. Llegó a su puesto de trabajo y se encontró a Martina esperándola. Martina le dijo con tono autoritario:

—Vamos a la sala de juntas uno.

Selena la siguió en silencio, obedeciendo como una niña buena. Lo odiaba. Quería ser ella la que diera las órdenes, no la que las recibiera. Quería tener la libertad de hacer lo que creía correcto. Deberían haber interrogado a Julie Harrington el día que Dee y Selena la vieron reunirse con Ocampo en el salón de manicura. Drakos Monroe estaba siendo demasiado precavido. Si hubieran interrogado a Julie, quizá ni ella ni Brendon estarían en peligro. Quizá todo esto podría haber terminado hacía días.

Entraron en la sala de juntas número uno, la más pequeña de las dos salas de reuniones, que albergaba una mesa y cuatro sillas. Martina cerró la puerta y le ordenó:

—Siéntate.

A Selena se le aceleró el pulso. Nunca antes se había ganado la antipatía de Martina. Y ya no le gustaba nada. Se sentó en la silla y juntó las manos en el regazo.

Martina tomó asiento frente a ella. Si Selena no la hubiera conocido, habría esperado que en cualquier momento le saliera vapor por las orejas. Tal como estaba, tenía las mejillas sonrojadas y el rostro serio.

—Gracias por venir. Tenemos dos objetivos esta tarde. El primero es que tú y yo tengamos una conversación sobre los sucesos de hoy, y el otro es informar al equipo.

Selena no tenía del todo claros los detalles de esos objetivos, pero asintió de todos modos.

Martina enderezó la postura.

—Por lo que entiendo de la conversación con Dee y mi equipo, Ocampo te amenazó, luego fuiste a enfrentarte a él y después a enfrentarte a Rick Harrington. Las reuniones con Ocampo y Rick no estaban autorizadas. Nunca me notificaste el peligro en el que os encontráis tú y, ahora, todos los que te rodean. Tú y yo acordamos que todos los pasos se consultarían conmigo. ¿Recuerdas haber llegado a este acuerdo conmigo?

—Sí, pero...

Martina levantó una mano para silenciarla.

—No hay excusa para tu comportamiento. Ha sido peligroso, ha puesto en riesgo la operación y, francamente, ha sido una imprudencia. No solo has hecho eso, sino que ahora has socavado mi autoridad como socia de esta empresa. Si no fueras mi hijastra, te habrían despedido en el segundo en que has cruzado la puerta.

Selena contuvo las lágrimas, que amenazaban con desatarse. Martina no estaba solo disgustada, estaba furiosa.

—Lo… lo siento.

—¿De verdad? Porque no es la primera vez que te sales del guion. ¿Qué me dices de cuando casi te matan en la casa de Burlingame? Solo Dios sabe qué más has hecho de lo que yo no me he enterado. En serio, me pregunto si puedo confiar en que sigas las normas. Esta es tu última advertencia para que sigas las reglas, que son informarme de cada actividad relacionada con el caso y seguir el plan, como cuando digo que no salgas del vehículo y tú no sales del vehículo. Esta es la última vez que puedo cubrirte. ¿Ha quedado claro?

Selena se hundió en su asiento. Empezó a preguntarse si sería capaz de obedecer órdenes. Desde luego que no le gustaba. Pero cuando la vida de una niña estaba en juego, ¿de verdad se esperaba que no hiciera nada? Supuso que mientras trabajara para Martina, tendría que seguir sus órdenes.

—Sí.

Martina exhaló.

—Mira, no apruebo que vayas por tu cuenta, pero puedo entender tu razonamiento. Simplemente no podemos permitir eso aquí en la empresa; ni siquiera tienes licencia todavía. Te quiero y me destrozaría que te pasara algo. Por no mencionar cómo sería tener que explicárselo a tu padre si te sucediera algo. Hasta que no tengas más experiencia, *tienes* que seguir las reglas.

Selena asintió. A partir de ahora, tendría que hacerlo.

—Ahora que hemos dejado eso claro, tengo un equipo reunido en la sala de juntas dos. Quiero que les cuentes todo lo que has descubierto hoy. Tenemos que actualizar una estrategia en la que necesitamos tu aportación.

¿No me manda a casa? ¿Ni me quita del caso? Selena reunió todo su coraje y puso cara de valiente.

—Vale. Vamos a ello.

Martina le dedicó un gesto de asentimiento tranquilizador.

Selena siguió a Martina fuera de la sala de reuniones con la cabeza bien alta y entró en la sala de juntas dos, el lugar de la reunión que había tenido con Martina justo el día anterior. Esta vez, había otros tres investigadores privados que claramente habían montado un campamento en la sala, al final de la gran mesa.

Martina se dirigió a los investigadores.

—Equipo, quiero presentaros a Selena. Como ya he mencionado, ella es quien ha estado dirigiendo nuestra estrategia, con mi ayuda. Sin embargo, este es el primer caso de Selena y, como sabéis y como han revelado los informes, Selena ha decidido tomar un camino diferente hoy. No digo que yo no hubiera hecho lo mismo, pero ha sido arriesgado —se volvió hacia Selena—. Sin embargo, tengo la sensación de que tienes información interesante que compartir con nosotros. Tienes la palabra.

Selena se quedó atónita. ¿Martina habría hecho lo mismo? Quizá Martina la obligaba a ir sobre seguro simplemente porque era su hijastra.

Selena se irguió y, tras describir los acontecimientos del día, continuó diciendo:

—Tengo varias teorías sobre lo que podría estar pasando. Una, los traficantes han contactado con los Harrington y han exigido un rescate con la instrucción de no involucrar a nadie más, razón por la que el señor Harrington nos despidió. Quizá le dijo: «deshágase de su equipo o matamos a la niña». Si este es el caso, va a haber otra reunión entre los Harrington y Ocampo. Cualquier movimiento por parte de los Harrington o de Ocampo podría significar una entrega. Teoría secundaria, Julie Harrington sí que vendió a Emily a los traficantes y, de alguna manera, Rick se ha enterado y está intentando recuperarla. Hay otras teorías, y estoy abierta a escucharlas, pero mi instinto me dice que, sea lo que sea que puso a Emily en manos de estos tipos malos, va a haber movimiento muy pronto. Necesitamos informes minuto a minuto sobre los Harrington,

el salón de manicura y Ocampo. Se van a reunir, y creo que será nuestra única oportunidad de recuperar a Emily.

Miró a Martina, preguntándose si lo aprobaba.

—¿Martina?

—Creo que tus teorías son sólidas, y pienso que el señor Harrington está intentando recuperar a su hija. Definitivamente, creo que se reunirán porque Ocampo quiere el dinero y el señor Harrington quiere a su hija —miró a los otros tres en la sala—. Llamad a los equipos que están sobre el terreno, hacedles saber lo que está pasando y mantened los ojos abiertos. Informad de cualquier tipo de movimiento de cualquiera de los objetivos. Si uno de ellos estornuda, quiero saberlo.

Martina alzó la vista hacia Selena.

—Buen trabajo.

Selena asintió rápidamente con la cabeza antes de volver a sentarse en su silla, obligándose a permanecer fuerte. La reunión, sin duda, había sido diferente de lo que había pensado. Seguía sin gustarle recibir órdenes. ¿Sería realmente una futura líder en Drakos Monroe? ¿O debería trazar su propio camino y fundar su propia empresa, donde no tendría que rendir cuentas a nadie?

Martina dijo:

—Mi sugerencia es que nos quedemos aquí y esperemos a tener noticias del terreno antes de hacer otro movimiento.

Selena se recostó en la silla. Se sentía bien por la posibilidad de llevar a Emily a casa. Pero, ¿y Brendon? Sabían dónde vivía. Quizás también sabían dónde vivía ella.

—¿Qué hay de Brendon y la gente de mi casa? Podrían estar en peligro. Tiendo a pensar que tal vez no, pero nunca se sabe.

Martina asintió.

—Esa es una buena observación. Yo también tendería a pensar que no irían a por tus compañeros de piso o a por Brendon, pero como Brendon fue amenazado y este tipo de gente no suele andarse con tonterías, pongamos un equipo de seguridad en cada ubicación: en la casa de Selena y en el apartamento de Brendon. Más vale prevenir que curar. Avisaré a seguridad. ¿Algo más, Selena?

A Selena le habían advertido de que ser investigadora privada era peligroso, pero nunca se le había ocurrido que también podría serlo para todos sus seres queridos.

—Creo que con eso debería bastar.

Selena debatió los siguientes pasos con el equipo mientras Martina llamaba a los equipos de seguridad.

Tres horas después, el teléfono de uno de los miembros del equipo vibró. Lo contestó. Todo lo que Selena pudo ver fue un movimiento de cabeza antes de que apagara el teléfono. Lo dejó sobre la mesa y se puso de pie. Era alto y estaba hecho un armario.

—El señor Harrington está en movimiento.

Martina se levantó de un salto.

—Equipo, si esta es la reunión, necesitaremos refuerzos. Los tres, llamad a los chicos que están sobre el terreno. Quiero que todo el mundo lleve chalecos antibalas. Tened el máximo cuidado —se volvió hacia Selena—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en el campo de tiro?

—Hace tiempo, pero tengo la porra y una pistola táser.

Martina se encogió de hombros.

—Tendrán que servir. Vendrás conmigo. Coge un chaleco antibalas del almacén. Yo cogeré un par de cargadores extra de mi despacho. Te veo en el vestíbulo en cinco minutos —Martina miró al hombre-armario—. Denver, cuando averigüe en qué dirección se dirige Harrington, infórmenos. Quiero que nos lo cuente minuto a minuto.

—Sí, señora.

Otra miembro del equipo se levantó de un salto de detrás de su ordenador. Era de mediana edad y tenía el pelo rojo y rizado, que se disparaba en todas direcciones.

—Acabo de recibir una llamada. Ocampo está en movimiento.

Selena recorrió la habitación con la mirada.

—Es el momento. Puedo sentirlo. Es la reunión.

Martina dijo:

—Creo que tienes razón. Vestíbulo en cinco minutos. Todos los equipos en marcha. Todas las comunicaciones al móvil de Selena.

La adrenalina recorrió a Selena. Supuso que debería tener miedo, pero estaba emocionada. Estaba deseando acabar con esos tipos y

recuperar a Emily.

19

—•—

Selena miraba por la ventanilla las obras de un nuevo edificio de oficinas. Estaba oscuro, pero a lo lejos pudo ver dos coches con los faros encendidos. Martina se detuvo en la vía de servicio y apagó las luces. Se volvió hacia Selena.

—Tenemos que ir a pie. ¿Estás preparada para esto? Podría ponerse muy peligroso.

—Estoy preparada.

—Bien. Yo también creo que lo estás. Puedes hacerlo, Selena, solo tienes que seguirme. Yo llevo un arma de fuego, tú no. Quédate un paso por detrás de mí y no hagas nada sin una orden directa mía, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo. Seguir tus órdenes.

Avanzaron deprisa por la carretera antes de guarecerse tras un gran contenedor de basura. Se agacharon y Martina le entregó unos prismáticos. Selena los cogió, se los subió a la altura de los ojos y miró a través de ellos.

Rick Harrington llevaba una bolsa de lona grande y caminaba hacia Benjie Ocampo. A la derecha de Ocampo había un hombre muy corpulento, probablemente el matón, y tenía las manos aferradas a los hombros de Emily Harrington. *Estaba viva.*

Selena le devolvió los prismáticos a Martina. Siguió a Martina mientras se movían sigilosamente hasta situarse detrás del coche de Rick. Esperaron.

Rick y Ocampo intercambiaron unas palabras.

Rick le entregó la bolsa de lona a Ocampo. Ocampo la cogió y asintió al hombre corpulento que sujetaba a Emily. Cuando Rick se acercó a Emily, Ocampo sacó una pistola de la parte trasera de sus pantalones y apuntó a Rick Harrington. Martina susurró: «Quédate aquí», y luego se lanzó hacia los hombres con su arma apuntando a Ocampo. El corazón de Selena se aceleró mientras observaba la escena, asomándose por detrás del coche de Rick Harrington.

Ocampo disparó a Rick y este cayó al suelo. En un instante, se intercambiaron seis disparos más entre Ocampo, el hombre corpulento y Martina. El miedo recorrió el cuerpo de Selena al ver a Martina caer de espaldas. Selena no vio sangre cerca de ella. *Debió de darle en el chaleco.* Ocampo y los otros hombres yacían en un charco de su propia sangre. Emily corrió hacia su padre y ahora estaba arrodillada a su lado. No quería desobedecer las órdenes, pero…

Gritó:

—¡Martina!

Martina la saludó con un gesto sin levantarse.

La niña se volvió para mirar a Selena, pero no se apartó de su padre.

Martina se sujetó el pecho con una mano y se levantó despacio. Hizo una mueca de dolor y le gritó a Selena:

—Lleva a Emily al coche. Llamaré al 112 y aseguraré la zona.

Selena corrió hacia Rick y Emily. El hombre emitió un gemido. *Seguía vivo.* Martina se unió a ellos.

—Voy a pedir ayuda. ¿Dónde te duele?

Él señaló su hombro. Martina comenzó a hacer presión en su hombro con la mano izquierda enguantada y marcó el 112 con la otra. Miró por encima del hombro a Selena.

—Adelante.

Selena se encontró con la mirada aterrorizada de Emily.

—Hola, Emily, me llamo Selena. ¿Por qué no vienes conmigo para que estemos a salvo y esperemos a que llegue la ayuda, vale?

Emily negó con la cabeza.

Rick dijo con esfuerzo:

—Ve, Emily.

—¡Papi!

—Ve…

Selena extendió la mano.

—No pasa nada, ven conmigo. Te llevaré en brazos, que hay un trecho hasta el coche. —Selena se acercó un poco más a Emily, rodeó a la niña con los brazos, la cogió en volandas y corrió para alejarse de la carnicería. Mientras corría, le explicó a Emily que estaba a salvo. La niña lloró durante todo el camino hasta el coche.

Con el sudor corriéndole por la espalda, Selena abrió el asiento trasero del vehículo de Martina y depositó con suavidad a Emily. La niña la miró. Tenía la cara sucia y surcada de lágrimas. Selena se arrodilló.

—¿Te has hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero a papi.

—La ambulancia vendrá pronto y lo curará. Esperaremos aquí a que llegue la ayuda, ¿vale?

La niña asintió.

—¿Tienes frío?

La niña volvió a asentir.

Selena se quitó la parka y envolvió a Emily con ella. Emily la aceptó y se deslizó hacia el asiento junto a ella. Selena le dedicó una cálida sonrisa, entró también y cerró la puerta.

Selena sacó el teléfono del bolsillo y llamó al tanque, también conocido como Denver.

—Tenemos a Emily a salvo. Ha habido disparos. Martina está bien, pero le han dado en el chaleco, sigue en el lugar de los hechos. Ha llamado al 112. Esperemos que lleguen pronto. Informe al resto del equipo de la situación. Además, ¿puede ponerse en contacto con el equipo de seguridad y averiguar cómo está mi casa y la de Brendon?

—Sí, señora.

Colgó y volvió a centrar su atención en la niña.

—¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza.

Selena no había pasado mucho tiempo con niños y no estaba muy segura de cómo entretenerla durante aquella dura experiencia. Recordó su conversación con la familia y la profesora de Emily.

—He oído que te gustan los pájaros.

Los ojos azules de la niña se abrieron de par en par.

—¿Cuál es tu pájaro favorito? —preguntó Selena.

—Me gustan los cardenales. Son rojos. El rojo es mi color favorito.

—¿De verdad? A mí también me gustan. ¿Qué otros pájaros te gustan?

Mientras la niña seguía contándole todo sobre los pájaros, Selena oyó el leve sonido de las sirenas. La ayuda estaba en camino.

20

—.—

Selena dijo: —Gracias —y colgó el teléfono. El informe de los equipos de seguridad encargados de vigilar su casa y el apartamento de Brendon no había revelado ninguna actividad sospechosa. La invadió una sensación de alivio. —¿Quién era? —preguntó Emily.

—Eran unos amigos que me avisaban de que otros amigos míos están bien.

—Qué bien. Bueno, como te decía, el cóndor de California tiene la mayor envergadura de todas las aves de Norteamérica y a menudo se confunde con una avioneta...

La niña no paraba de hablar de pájaros y, para tener siete años, sabía una cantidad de información sobre ellos sorprendentemente enorme.

Su móvil vibró de nuevo y el corazón le dio un vuelco. Se relajó al ver el mensaje de Martina.

Malos muertos. Rick se pondrá bien. Venid para acá.

Selena envió un pulgar hacia arriba y le abrochó el cinturón a Emily antes de ponerse al volante. Condujo los doscientos metros hasta el lugar de los hechos, ahora rodeado por media docena de coches de policía y tres ambulancias. Aparcó y se giró para mirar a Emily. —Vamos a ver a tu padre. Los malos se han ido.

Emily la miró sin expresión.

Selena abrió la puerta del copiloto y llevó a Emily hasta donde Martina la llamaba agitando un brazo.

Se acercaron a Martina, que estaba de pie junto a la puerta trasera de una ambulancia. Selena se asomó y, antes de que pudiera decirle a Emily que su padre estaba dentro, la niña corrió hacia la parte trasera abierta y se subió. Ignorando al sanitario que atendía a Rick Harrington, gritó: —¡Papá! —y le rodeó el cuerpo con los brazos.

Él sonrió. —Hola, cariño. Me alegro mucho de verte.

—Te he echado mucho de menos.

Selena se quedó atrás con Martina, observando la escena. En ese momento, todo el peligro, la preocupación por los estudios y la inquietud por su propio bienestar se desvanecieron.

Tras examinar tanto a Rick como a su hija, el sanitario explicó que estaban listos para trasladar a Rick al hospital para que lo curaran. La herida de Rick Harrington era limpia, de entrada y salida, y probablemente no necesitaría cirugía, y Emily estaba físicamente ilesa, aunque los sanitarios recomendaron un examen completo en el hospital. *Puaj.* Selena sabía lo que eso significaba. Pero, teniendo en cuenta con lo que se habían encontrado ella y Martina, era probablemente el mejor resultado posible. Los malos fueron declarados muertos en el acto gracias a la excepcional puntería de Martina.

Rick había consentido que Martina se quedara con Emily a su cargo mientras lo trasladaban al hospital y esperaban a que llegara su mujer de dejar al bebé en casa de sus padres. Debió de sentir que su hija había creado un vínculo muy fuerte con Selena. Selena también lo había sentido. Lo único que había hecho era rescatar a Emily de un par de tipos malos y luego hablar de pájaros durante casi treinta minutos seguidos. La niña estaba obsesionada con los pájaros. Selena no tenía ni idea de que alguien pudiera disfrutar tanto hablando de pájaros. *Se quedó alucinada*.

—Bueno, nos vemos en el hospital. Selena, ¿estás lista para irnos? —dijo Martina.

—¿No tenemos que hablar con la policía?

—Se reunirán con nosotras en el hospital para las declaraciones oficiales. Ya les he hecho mi declaración y han llamado al detective que lleva el caso de Emily. Podemos irnos.

Selena bajó la mirada hacia Emily. —¿Lista para irte?

Emily asintió enérgicamente.

Selena, Martina y Emily estaban sentadas en la cafetería del hospital comiendo patatas fritas mientras Emily seguía instruyéndolas sobre sus pájaros favoritos. Esperaban la llamada que les indicara que podían subir a Emily a la habitación de su padre. Treinta minutos después, el móvil de Selena vibró y contestó. —Selena Bailey, dígame.

—Soy Rick Harrington, ya puede traer a Emily. Estoy en la 107A.

—De acuerdo.

Colgó y miró a Emily. —¿A que no adivinas? Tu papá ya se encuentra mejor y podemos ir a verlo.

Los ojos de la niña se iluminaron.

Martina asintió con la cabeza antes de llevar las bandejas a la basura. En la subida en el ascensor, Emily preguntó: —¿Cómo supisteis dónde encontrarme?

—Hemos estado trabajando con tu padre y tu madre.

—¿Te refieres a Julie? No es mi madre. Es mi *madrastra*. Mi madre murió.

Selena la miró. —Siento mucho que tu madre muriera. Mi madre también murió.

Los ojos de Emily se abrieron como platos. —¿En serio? ¿Tenía cáncer?

Según un trabajo que había escrito para la universidad, sí, pero en realidad, no. —No, un hombre malo le hizo daño. Pero luego me fui a vivir con mi padre y mi madrastra.

—¿Tu madrastra es buena?

Selena miró a Martina y sintió que se le formaba un nudo en la garganta. —Es la mejor.

—¿Sigues echando de menos a tu madre aunque tengas una madrastra buena?

—Sí.

Emily se quedó mirando el suelo del ascensor. —Yo también.

Al sonar la campana, Emily puso su pequeña mano en la de Selena y salieron del ascensor. Selena bajó la vista y contuvo las lágrimas. Ella tenía diecisiete años cuando perdió a su madre, pero Emily solo tenía siete. No podía ni empezar a imaginarse cómo habría sido su vida si hubiera perdido a su madre a esa edad. Por aquel entonces, su padre aún era adicto y ni él ni Martina se habían conocido.

Caminaron hacia la habitación 107A y entraron. Rick Harrington estaba recostado, con el brazo en cabestrillo, y Julie Harrington sentada en una silla a su lado.

Emily corrió hacia su padre y gritó: —¡Papá! —Y una vez más, le echó los brazos sobre el pecho.

Él sonrió. —Hola, cariño.

—¿Ya estás bien?

El hombre tenía lágrimas en los ojos. Selena miró a Julie, que parecía aliviada, pero también inquieta.

Selena quería ser delicada al interrogarlos, pero también quería saber la verdad. —Hola, señor Harrington, señora Harrington.

—Muchas gracias, Selena y Martina, no sé qué habría hecho sin vosotras. Muchísimas gracias por traernos a Emily de vuelta con vida y por salvarme la vida —dijo Rick.

Julie tenía la cara sonrojada y parecía que contenía las lágrimas. —Gracias por salvarle la vida a mi marido.

—De nada.

Selena miró a Martina, que asintió con lo que pareció aprobación. —La policía estará aquí en breve para tomarles declaración, pero me gustaría hablar de algunas cosas antes de irnos. Quizá, Julie, ¿pueda usted hablar con nosotras? —dijo Selena.

Julie miró a su marido y dijo: —Vale, podemos salir y dejaros solos. —Se levantó de la silla junto a su marido y les hizo un gesto para que se acercaran a la puerta—. ¿Qué pasa? —preguntó Julie una vez que estuvieron todas en el pasillo.

Selena ladeó la cabeza. —Sabemos que se reunió con Ocampo en el salón de manicura el miércoles por la noche. ¿Qué está pasando?

Julie exhaló. —Siento mucho haber tenido que guardaros el secreto, pero en cuanto nos dijisteis que en el salón de manicura había traficantes, pensé tontamente que podría intentar recuperar a Emily. Por eso me reuní con ellos en el salón de manicura. Fue porque intentaba negociar un acuerdo. Nos dieron un precio. Tardamos unos días en reunir el dinero. Hicimos todo lo que nos dijeron. ¿Por qué le dispararon a Rick?

—Porque son criminales. No se puede confiar en ellos. Supongo que, matando a Rick, se quedarían con su dinero más el beneficio de vender a Emily. Deberían haber acudido a nosotras. Podríamos haberles protegido —respondió Martina con cara seria.

El rostro de Julie se contrajo. —Nos dijeron que si se lo contábamos a alguien, la matarían.

Era lo que Selena esperaba. Excepto que había supuesto que Ocampo se había puesto en contacto con los Harrington para pedir un rescate, y no al revés. Julie se había puesto en un gran peligro para recuperar a su hijastra.

—Ha sido muy valiente, pero muy peligroso —dijo Selena.

Había desesperación en los ojos de Julie. —Lo sé, pero no podía imaginarme no recuperar a Emily. Lo ha pasado muy mal últimamente y luego, con un bebé nuevo... No le hemos prestado suficiente atención. Tenía que hacer todo lo que pudiera. Estaba conmigo cuando se la llevaron. Tenía que recuperarla. Fue culpa mía.

Selena le puso una mano en el hombro a Julie. —No fue culpa suya.

Julie había sido bastante sincera. Si iba a hacer más preguntas, era el momento. —Por curiosidad, ¿por qué empaquetó las cosas de Emily?

Julie negó con la cabeza mientras las lágrimas caían de sus ojos. —No quería gafarlo. Pensé que, quizá si empaquetaba sus cosas, volvería. Y si las volvía a poner como estaban, entonces quizá pasaría lo contrario. La ley de Murphy. No lo sé. Es una estupidez, supongo.

—Me alegro de que todos estéis a salvo —añadió Martina.

—¿Y qué hay de esas mujeres? Las del salón de manicura —preguntó Julie.

—Cuando la policía llegó al lugar, les expliqué lo que pasó y lo que estaba ocurriendo en el salón de manicura —dijo Martina.

—Bien. ¿Cree que podrán salvarlas? —preguntó Julie.

—Eso espero —dijo Martina.

—¿Tiene alguna pregunta más? Me gustaría volver con mi marido.

—No, gracias.

Dicho esto, Julie Harrington se apresuró a volver a la habitación del hospital.

Selena y Martina también se dirigieron a los pies de la cama de Rick Harrington. Selena contempló los tres rostros felizmente reunidos. —Nosotras nos vamos ya. Cuídense.

Emily se separó de su padre y corrió hacia Selena, abrazándola. Selena rodeó a la niña con sus brazos. —Cuídate, Emily, y cada vez que vea un cardenal, pensaré en ti.

—Gracias, Selena.

Al mirarle la cara de querubín, Selena tuvo que contener las lágrimas de nuevo. —De nada, Emily.

Dicho esto, Emily corrió de vuelta con su padre y su madrastra. Se despidieron con la mano mientras ella y Martina salían de la habitación del hospital. Sentaba bien conseguir una victoria.

Selena abrió la puerta del copiloto del coche de Martina y se metió dentro. Vaya día. Estaba agotada y emocionada de que Emily estuviera a salvo y con su familia. No había mejor sensación en el mundo.

Martina arrancó el motor y salió del aparcamiento del hospital. —Gran trabajo, Selena. Tengo que advertirte, sin embargo, que no todos acaban así. Pero lo hiciste bien con Emily y tuviste un gran instinto en el caso. Serás una buena investigadora privada, aunque nunca tuve ninguna duda.

—Gracias.

Martina levantó la muñeca y miró su reloj. —Madre mía, son más de las diez. Creo que todos nos hemos ganado una buena noche de sueño. Te dejaré en la oficina para que cojas tu coche, ¿vale?

—Me parece bien. ¿Te importa si llamo a Brendon? —No podía esperar a oír su voz.

Martina le dedicó una sonrisa pícara. —Adelante.

Selena cogió el móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó. Sonó. Y sonó. Y luego su buzón de voz. ¿Quizá ya estaba dormido? ¿O quizá estaba estudiando en la biblioteca? Solía poner el móvil en silencio cuando estaba en la biblioteca. Era todo un santo. La idea la hizo sonreír. Le envió un mensaje.

Te echo de menos. Llámame.

Y luego se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo. —¿No se sabe nada del salón de manicura? —preguntó Selena.

—No, todavía no. Llamaré mañana para que me pongan al día. Me gustaría saber si han rescatado a las mujeres.

—A mí también. —Había dos malos menos sueltos y dos chicas de vuelta en casa con sus familias. Salvar a esas mujeres sería la guinda del pastel.

21

Selena se despertó boqueando, con el sudor corriéndole por las sienes. Sin levantarse de la cama, alargó el brazo hacia el escritorio y desenchufó el móvil del cargador. Eran las nueve de la mañana. No tenía ninguna llamada ni ningún mensaje de Brendon. Lo llamó. Dio un tono. Y otro. Y luego saltó el buzón de voz. Rebuscó en sus recuerdos para ver si alguna vez Brendon no le había devuelto una llamada o un mensaje.No. El corazón casi se le salía del pecho. Quizá no había visto su mensaje después de una noche larga de estudio.O...

Saltó de la cama y se puso lo primero que encontró, se calzó las botas, cogió el abrigo y salió a toda prisa de casa. El aire de la mañana le abofeteó la cara, pero se sobrepuso y corrió hacia su coche, aparcado a dos manzanas. Llegó sin aliento y se metió dentro. Arrancó el motor y salió disparada hacia el piso de Brendon. Paró delante, pero no había sitio para aparcar. «A la mierda», dijo, y aparcó en doble fila. Corrió hasta la puerta y la aporreó. Caminó de un lado a otro mientras esperaba. Volvió a aporrearla. Un minuto después, la puerta se abrió y apareció Glenn con un ojo cerrado, vestido solo con unos bóxeres rojos. —¿Pero qué demonios, tía?

Selena se puso una mano en la cadera. —¿Está Brendon?

—¿Qué? Qué va. Pensaba que estaba contigo.

A Selena se le revolvió el estómago. —¿Estás seguro de que no está aquí?

Glenn retrocedió y se encogió de hombros. —Puedes mirar.

Selena entró como una furia y fue al dormitorio de Brendon. No estaba. Buscó su mochila por la habitación. Tampoco estaba. Se dio la vuelta y se dirigió hacia Glenn, que seguía en el pasillo. —¿Cuándo fue la última vez que lo viste?—preguntó Selena alzando la voz.

—No sé. ¿A las dos o las tres?

—¿Llevaba la mochila?

—Creo que sí. Joder, ¿qué hora es?

Selena negó con la cabeza. ¿Dónde podía estar? ¿Acaso el equipo de seguridad había estado vigilando a Glenn y no a Brendon toda la noche?

Le vibró el móvil. Se le paró el corazón. Quizá era él. Pero era Martina. El nudo que sentía en el estómago se hizo más grande. —No encuentro a Brendon... —empezó a decir Selena, y pasó a explicarle la falta de respuesta a sus llamadas y que no se le había visto desde ayer.

—¿Dónde estás ahora? —La voz de Martina denotaba pánico.

—Estoy en el piso de Brendon.

—Voy a recogerte.

Selena sintió que se desmayaba. —¿Por qué vas a venir a recogerme? Tengo mi coche.

Martina no respondió.

El pavor invadió cada célula del cuerpo de Selena.

Martina habló: —No te muevas. Estoy de camino.

Selena se quedó paralizada, incapaz de hablar.

—¿Selena?

—Dímelo.

—Llego en cinco minutos —dijo Martina con la voz quebrada.

Selena negó con la cabeza mientras las lágrimas le corrían por la cara.

—¿Selena?

Apareció Glenn, ahora envuelto en una manta. —Tía, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Selena lo miró. Negó con la cabeza en silencio. Él la guio hasta el sofá y la sentó. Le quitó el móvil de la mano. Ella se dejó hacer.

—Oye, eh, ¿quién es? —preguntó Glenn al altavoz.

Del móvil salían ruidos ahogados.

—Soy Glenn, el compañero de piso de Brendon. ¿Qué pasa?

Más ruidos ahogados.

—Ah, vale. Me quedaré aquí. —Colgó—. Martina ha dicho que llega en un minuto.

Selena se quedó mirando la alfombra. No podía estar pasando. Debía de estar soñando. En realidad no se había despertado. Tenía que ser eso.

Unos golpes en la puerta la obligaron a girar la cabeza hacia la derecha. Glenn se levantó de un salto para abrir. Martina entró con cara de circunstancias. Dos agentes de uniforme la siguieron.

Selena clavó la mirada en los ojos de Martina. —¿Qué?

Martina corrió a su lado en el sofá. —Me ha llamado mi contacto del Departamento de Policía de San Bruno. Han hecho una redada en el salón de uñas esta mañana. Cuando han llegado, lo habían vaciado a excepción de... un cuerpo.

Selena ahogó un grito.

Martina le puso una mano en el hombro. —Cariño, era Brendon. Lo siento muchísimo.

Selena sintió como si alguien le estuviera arrancando literalmente el corazón del pecho y no podía respirar. *No. No podía ser él. No podía ser.* Negó con la cabeza. —No.

—Sí, cariño. Lo siento muchísimo.

Selena no pudo evitar pensar que todo era culpa suya. Había provocado la muerte del hombre que amaba.

22

—.—

Cuatro días después, Selena estaba de pie junto a la tumba de Brendon mientras el cura hablaba de polvo y cenizas y de otras cosas que no supo muy bien cuáles eran; había dejado de escuchar hacía unos minutos. Aquello no había sido una intervención divina. Era el resultado de su propia imprudencia y de la ira del traficante. Se sentía vacía, como una sombra de la mujer que había sido. Cualquier oportunidad de encontrar el amor o la felicidad se había desvanecido. Se obligó a no derramar más lágrimas. Los días anteriores había derramado muchas, pero entonces se dio cuenta de que tenía que dejar de compadecerse de sí misma y pasar a la acción. Por Brendon. Por las demás víctimas.

—¿Estás lista para ir a la recepción? —le preguntó Martina con compasión en la mirada.

Selena observó cómo los demás asistentes al funeral bajaban la colina hacia sus vehículos. Negó con la cabeza. —No quiero ir. —No podía enfrentarse a su familia. No podía enfrentarse a ninguno de ellos. Había provocado la muerte del único hombre al que había amado de verdad. Había arrebatado la vida de un hombre lleno de futuro y esperanza. Apenas podía mirarse al espejo. Alzó la vista hacia Martina y su padre. —¿Podemos irnos a casa?

Su padre le pasó un brazo por los hombros. —Claro que sí.

Selena volvió al coche con la cabeza gacha, preguntándose por qué había tanta maldad en el mundo. ¿Por qué tenían que existir los monstruos? ¿Por qué tenían que arrebatarle a la gente que amaba?

Llegaron al coche y Selena se detuvo antes de darse la vuelta para contemplar la última morada de Brendon. Le dolió el corazón y le flaquearon las rodillas. ¿Por qué tenían que habérselo llevado?

No lo sabía, pero de una cosa estaba segura: no permitiría que volviera a ocurrir jamás. Su corazón roto y la certeza de que los monstruos seguían ahí fuera alimentarían su misión de detenerlos. Este sería *su momento de alzarse*, no el de ellos.

***

Gracias por leer *En ascenso*. No te pierdas el siguiente libro de Selena Bailey, *Ve con cuidado*, ya disponible. Haz clic aquí y empieza a leerlo hoy mismo.

—•—

UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE

Gracias por leer *En ascenso* . En esta entrega de la serie de Selena Bailey, Selena explora otra terrible realidad: la *trata de personas*. Como se menciona en la historia, está presente en absolutamente todas partes. Nací y me crie en la bahía de San Francisco y me quedé de piedra cuando empecé a investigar y descubrí lo extendido que está aquí, *y* en el resto de los Estados Unidos, *y* en el resto del mundo. Por no mencionar que, como mucha gente, yo había dado por sentado que la trata de personas afectaba principalmente a mujeres y niñas destinadas al comercio sexual. No tenía ni idea de que personas de todos los géneros y edades son víctimas de la trata y forzadas a la esclavitud moderna en múltiples industrias del sector servicios. Es espantoso.

La organización se dedica a:

«Ayudar a las víctimas y supervivientes a través de la Línea Nacional contra la Trata de Personas. Construir un conjunto de datos que aclare cómo funciona realmente la trata de personas, en tiempo real. Convertir el conocimiento en estrategias específicas a nivel de sistema para desarticular y prevenir la trata de personas».

Línea Nacional contra la Trata de Personas de EE. UU. **1-888-373-7888** o **envía «BeFree» por SMS al 233733**

Si quieres saber más o donar a la causa, visita su página web en .

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a mis *súper* lectoras beta: Juliann Brown, Jennifer Jarrett y Anne Kasaba. Gracias por vuestro constante ánimo, apoyo y vuestros valiosísimos comentarios. Agradezco el tiempo y el esfuerzo que habéis dedicado a la revisión.

Gracias a Nicole Nugent por la corrección de estilo y a Ryan Mahan por la corrección final.

Por último, pero no por ello menos importante, un agradecimiento especial a mi marido, Jon. Siempre está intentando ayudar de alguna manera (desde hacer de barman personal hasta buscar formas de enriquecer mi escritura). Así que, señor Christie, te doy las gracias y te quiero.